

**F**EDERAL **B**UREAU **I**NVESTIGATION

**EL HOMBRE DE  
WASHINGTON**



**JOE MOGAR**





# EL HOMBRE DE WASHINGTON

JOE MOGAR

**PRODUCCIONES EDITORIALES, S.A.**  
**Avda. José Antonio, 810 - BARCELONA-13**

**Es propiedad**  
**Colección:**  
**«Federal Bureau Investigation»**  
**Nombre registrado**

Portada: J. GRASS

© Joe Mogar

I.B.S.N. 84-365-0831-9

Depósito Legal: B.2617-1976

Impreso en España

Printed in Spain

Imprimió: LAYSE - Miño, 29 - TARRASA

## CAPITULO PRIMERO

LA joyería estaba en pleno centro del West End neoyorquino.

Richard Templeton lo sabía desde mucho tiempo atrás. Concienzudamente había estudiado el terreno durante días y días, vigilando día y noche sin un momento de respiro.

Por tanto, aquella noche, como tantas otras, Templeton dejó el «buss» en la calle 52 y después, lentamente, enfundado en una trinchera un tanto gastada y con el sombrero gris sobre los ojos, caminó hacia la avenida.

Media hora más tarde se detuvo junto a uno de los portales y miró.

Nada. Lo mismo de siempre, la avenida estaba desierta.

Consultó el reloj. Las tres de la madrugada. Abandonó el portal y de nuevo avanzó hacia la joyería, pero también se detuvo antes de llegar a ella. Pensando.

Durante quince días la había sometido a una estrecha vigilancia, estudiando las idas y venidas de la gente. Las entradas y salidas de algunas personas, y, sobre todo, hasta la vida privada de Samuel St. Hume, el dueño de la misma.

Miró de nuevo.

La misma tranquilidad y el mismo silencio reinaba por doquier. Del vigilante nocturno no se veía ni rastro.

Se decidió al fin. El tenía carta blanca para resolver aquello y lo iba a hacer a su modo.

Llevando la mano a la funda de la axila donde reposaba la pesada German Luger, la pasó de la misma al bolsillo de la trinchera y avanzó hacia la joyería.

Hecho esto extrajo del bolsillo del pantalón un manojo de ganzúas, seguro de que la cerradura no resistiría a ninguna de ellas. Tres yardas antes de llegar a la puerta. Templeton se detuvo por tercera vez, aunque ahora no lo hizo por propia iniciativa, sino porque alguien se lo impidió.

Vaciló unos segundos, y acto seguido, pero con la mano derecha dentro del bolsillo de la trinchera, sujetando la culata de la automática, avanzó, pero ahora pasó de largo por la puerta de la joyería mientras ésta se abría suavemente.

No se detuvo hasta que no alcanzó el siguiente portal. Entonces se volvió y fue cuando vio a la rubia. Una rubia con un pequeño casquete en su elegante cabeza de cabello corto y rizado, enfundada en una trinchera oscura.

Durante unos segundos, Templeton no se movió mientras que multitud de preguntas se agolpaban en su mente. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué buscaba a aquellas horas de la madrugada en una joyería del West End? ¿Aquello? ¿Y St. Hume?

Vaciló entre entrar en la joyería o seguir detrás de la rubia. Optó por lo último.

Ya en la calle, la rubia miró en torno, y Templeton tuvo el tiempo justo para esconderse en el interior del portal, para que ella no le viera.

Pasó frente a él y clavó los ojos en el bolso que llevaba colgado de la muñeca por la correílla.

La dejó pasar y luego fue detrás de ella.

Durante más de un cuarto de hora, Templeton continuó siguiéndola, al parecer sin que ella se diera cuenta de la persecución de que era objeto, hasta que la vio detenerse en la parada del «bus».

Se detuvo también y extrajo la pitillera. Encendió un largo y emboquillado cigarrillo. Sólo entonces, avanzando lentamente, se acercó a la parada y se detuvo cerca de ella.

Ella ni le miró. No parecía darse cuenta de nada, a pesar de que Templeton era casi un gigante de pelo castaño y ensortijado, y de ojos grises y helados. Y, en fin, un hombre que llamaba la atención en cualquier parte donde estuviera.

También la llamaba la mujer que tenía delante, a pesar de ir envuelta en la trinchera.

Finalmente, el «bus» llegó a la parada, pero lo hizo cuando dos hombres más, también enfundados en trincheras, se colocaron a espaldas de Templeton.

La rubia subió al «bus»; Templeton fue inmediatamente detrás y luego los otros dos.

El «bus» se puso en marcha. Templeton pagó su billete después de la rubia, llevando siempre a su espalda a los otros dos. Les miró, mientras avanzaban buscando un sitio donde colocarse, y pensó que aquellos dos iban detrás de la rubia, o por lo menos les gustaba tanto que no apartaban los ojos de ella.

Se apartó un tanto y vio cómo casi inmediatamente se colocaron a espaldas de la muchacha.

Treinta minutos más tarde, la situación en el interior del «bus» era la misma, y no varió hasta que éste se detuvo media cuadra antes de llegar al edificio Huntington. Fue entonces cuando la rubia saltó de él llevando a sus espaldas a los otros dos.

Templeton no vaciló.

Abandonó el «bus» cuando la rubia y los dos tipos le llevaban unas cuantas yardas de ventaja, y cuando éste empezaba a arrancar.

Continuó detrás de ellos, dándose cuenta, o al menos lo creyó así, que ella iba directamente al gran edificio Huntington House, donde posiblemente tenía su apartamento.

Pero no llegó a él, porque antes empezaron a ocurrir cosas.

Repentinamente, y sin que Templeton les hubiera perdido de vista ni

un solo segundo, ambos se colocaron al lado de ella.

La rubia apretó el paso mientras que uno de ellos, el de la derecha, le decía algo que no llegó a sus oídos. La rubia vaciló unos segundos y luego avanzó aún más de prisa. Fue entonces cuando el que llevaba a su izquierda la sujetó por un brazo.

La rubia se detuvo.

Por unos segundos permaneció mirándoles a los dos, completamente inmóvil, y luego se desprendió de un tirón, para acto seguido pegarse contra la pared.

Casi al instante uno de ellos alargó la mano y tiró del bolso. Ella se vino hacia adelante y el pequeño cascaque con el que se cubría cayó al suelo, mientras lanzaba un gemido que llegó claramente a los oídos de Templeton.

Pero el bolso, sujeto a la muñeca por la correílla, no se movió de su sitio. Por tanto, el «gangster» maldijo secamente, luego levantó la mano y la bofetada restalló en medio del silencio de la calle como un pistoletazo.

La hermosa cabeza de la rubia golpeó contra la pared y gimió de nuevo cuando ya el otro, con un puñal en la mano, se disponía a cortar la correílla.

Templeton esperó unos segundos más y luego intervino cuando ella reaccionó, para nada, ya que el tipo la golpeó de nuevo, lanzándola al suelo con las blancas y maravillosas piernas apuntando a las estrellas.

En el acto el bolso pasó a las manos del hombre del puñal. Y fue entonces cuando Templeton corrió hacia ellos en el momento en que se volvían para escapar.

—Un momento, amigos —dijo.

Los dos se detuvieron en seco y acto seguido giraron hacia él para enfrentarle. Luego ninguno habló. El del puñal se lanzó contra Templeton, mientras que a su vez éste saltaba hacia él llevando las manos desnudas.

La rubia nunca había visto un hombre volar, por lo menos sin avión, pero entonces lo vio. Todo ocurrió tan rápidamente que apenas si tuvo tiempo de darse cuenta de ello. Simplemente contempló cómo el sombrero del hombre que intervenía en su favor rodaba junto al casquete y que luego éste sujetaba la muñeca armada con un agudo puñal.

Acto seguido, ante su estupor, el tipo describió una perfecta curva sobre la cabeza del hombre de la trinchera y luego fue a estrellarse, unas yardas más allá, contra el filo de la acera.

Después ella gritó y eso fue suficiente para Templeton.

En el acto se lanzó al suelo, justo cuando el balazo del segundo tipo cruzaba aullando a escasas pulgadas de su cabeza. Rodó por el mismo mientras que aquél disparaba de nuevo, errando, hasta que consiguió sacar la Luger del bolsillo.

Entonces disparó a su vez.

El hombre se contrajo, lanzó un gemido, soltó la pistola y se vino al suelo, cuando ya Templeton recobraba de nuevo la vertical.

Entonces corrió hacia el bolso, lo tomó del suelo, a continuación su sombrero, el de ella, y se acercó cuando ésta ya se estaba levantando.

Templeton la tomó del brazo.

—Vamos, ricura —dijo—. Y date prisa, que esto, a no tardar, va a ser un hervidero de policías.

La rubia no replicó, pero tiró de él hacia el edificio Huntintong, donde tenía su apartamento.

\* \* \*

—Supongo que ahora me dará el bolso, ¿no? Templeton se dejó caer sobre el sofá del «*living-room*», mirándola.

Era hermosa, mucho más hermosa de lo que se figuró, ahora, despojada de la trinchera. Sí, muy hermosa, de rasgados y verdes ojos sombreados de largas pestañas; tenía de todo para el halago de la vista, y para acelerar la sangre en las venas de cualquiera.

Llevaba una sencilla blusa con escote en forma de V, dejando al descubierto el nacimiento del seno, y una estrecha falda que moldeaba sus firmes caderas, ceñida a los largos muslos, y casi dejando ver, más que adivinar, la perfecta rodilla de unas no menos largas y perfectas piernas.

Su rostro era de un óvalo perfecto, bello en demasía; su boca, de labios gruesos y sensuales, y según calculó Templeton, de no más de veinte años.

Tal vez diecinueve.

Sus pensamientos los rompió ella de una forma repentina.

—Estoy esperando, amigo.

Templeton, sin replicar, continuó mirando. Entonces, la rubia, después de unos segundos de silencio, añadió:

—¡Ah, vamos! Es que aún no me ha visto bien las piernas, ¿verdad? Pues espere, que me pondré unos «*shorts*» y entonces las verá del todo —calló de nuevo para preguntar casi en el acto—: ¿Me da el bolso?

Templeton la miró ahora fijamente a los ojos.

—Antes deseo saber una cosa, ricura —dijo fríamente—. Y para que lo sepas de una vez, de ti no me interesa nada, como no sea el bolso.

La rubia hizo un mohín con los labios.

—¿Por qué el bolso precisamente? ¡Y yo que creí que venía en mi ayuda por...!

—¿Por su palmito? Pues se equivocó, hermana. ¿Qué lleva en el bolso?

Acto seguido y después de preguntar, Templeton abrió el cierre del mismo. Ella se llevó la mano al escote, que rasgó a la altura del seno, y musitó roncamente:

—Será mejor que suelte el bolso por las buenas, muchacho.

Lentamente, Templeton apartó las manos del cierre y luego levantó los ojos hasta ella. Era bastante. También era hermoso el espectáculo que ofrecía con la desgarrada blusa, pero aquello lo paliaba la pequeña automática que llevaba en la mano y con la cual le estaba apuntando a la cabeza.

Suspiró y no precisamente por lo que veía de ella.

—Está bien, preciosa —dijo secamente—. Tuyo es el bolso.

Antes de que ella se diera cuenta de cuál iba a ser su actitud siguiente, Templeton se lo arrojó a la cabeza. La rubia se agachó para esquivarlo y apretó el gatillo.

La bala le arañó el cuello cuando ya estaba saltando contra las piernas de ella. Templeton cerró los brazos en torno a aquellas maravillas y ambos rodaron por el suelo estrechamente abrazados.

La rubia perdió la pistola y acto seguido intentó defenderse con uñas y dientes, pero Templeton no estaba dispuesto a perder mucho tiempo con una mujer más o menos hermosa, y la golpeó fuertemente en ambas mejillas.

La cabeza de la rubia golpeó ahora contra las baldosas del suelo y durante unos segundos jadeó, tanto por los golpes recibidos, como por el peso de Templeton.

Fue entonces cuando la soltó poniéndose rápidamente en pie, pero fuera de su alcance. La rubia quedó en el suelo, casi sin respiración, mirándole por entre las entornadas pestañas, hasta que finalmente pudo hablar:

—¡Maldito sea...! ¿Qué se ha propuesto?

—Simplemente evitar que me mates, preciosa. Después, registrar tu bolso. Supongo que será interesante saber qué llevas dentro. Dos hombres, o tal vez uno solo, han sido los que han muerto por intentar apoderarse de él. Por tanto, creo que debe ser interesante, ¿verdad?

La rubia no replicó. Se puso en pie y Templeton perdió su inmovilidad al ver dónde iba la fría mirada de sus verdes ojos. Entonces avanzó hacia la pequeña automática, la tomó del suelo y la guardó en el bolsillo de la trinchera. Hecho esto se sentó de nuevo en el sofá y la miró.

Ella no se movió. Permaneció en pie, frente a él, sin apartar los ojos de los suyos, y con un frunce peligroso en su hermosa boca. Unos segundos más tarde, replicó:

—Lo que contiene el bolso es cosa mía. De mi exclusiva propiedad. Veamos, amigo. ¿Cuánto quiere por largarse de una vez y dejarme en paz?

—¿Con el bolso?

—¡No Ya le he dicho que...!

La rubia se interrumpió cuando Templeton se puso en pie y avanzó hacia donde había quedado el bolso. Entonces ella avanzó a su vez, pero se detuvo en seco cuando él la encañonó con su propia automática.

—Creo que será mejor que te estés quieta, preciosa. Me interesa el bolso, y por tanto, voy a llevármelo.

—Es usted un...

El súbito y estridente timbrazo de la puerta de la calle la interrumpió y Templeton vio claramente cómo palidecía un tanto. El timbrazo se repitió, ahora mucho más largo. Templeton giró hacia la puerta, pero ella susurró:

—No, no salga, por favor.

Se detuvo con la automática encarada hacia la puerta del «*living*» y entonces replicó también en un leve susurro:

—No pensaba hacerlo, ricura. Y tú, ¿no vas a abrir?

La rubia no tuvo tiempo de contestar, ya que en aquel instante el timbre dejó de sonar, y su sonido fue sustituido por una voz:

—Vamos, abra a la Policía. ¡Abra de una vez o...!

Las últimas palabras se perdieron para Templeton, que dio media vuelta encarando a la muchacha.

—De prisa —dijo—. ¿Dónde está la escalerilla de incendios?

La rubia vaciló y Templeton clavó en su estómago el cañón de la automática.

—¿Vamos? —preguntó.

—Maldito bastardo.

—Otro día atenderé a tus insultos, nena —dijo—. Ahora tengo que salir de aquí. ¿Me acompañas?

Mirándole a los ojos, mientras que en la puerta de la calle empezaba a sonar el timbre, la rubia dio media vuelta en silencio y Templeton fue detrás de ella hasta su dormitorio.

Ya en él señaló la ventana diciendo:

—Detrás de esa ventana está la escalerilla, y ojalá se salte los sesos en lo hondo de la calle.

Templeton no contestó a este buen deseo. Se subió al alféizar y un segundo después se perdía de vista, mientras que con un gesto de resignación en su bello rostro, la rubia daba media vuelta para encaminarse a continuación hacia la puerta...

Ya en la calle, Templeton caminó apresuradamente en sentido contrario al edificio Huntington, llevando el bolso escondido bajo la trinchera.

Cincuenta yardas más allá tomó un taxi y se hizo conducir a la Quinta Avenida. Allí tomó el «bus», descendió en la calle 50 y después, en el «subway», hasta Madison Avenue.

Había tres cuadras hasta su apartamento y Templeton las anduvo a pie mirando hacia atrás, pero nadie le seguía. Por lo menos ésta fue la impresión que recibió.

Sonrió satisfecho.

Eran las cuatro cuando atravesó la puerta del mismo. Cerró a su espalda después de encender la luz y se encaminó al «*living*». Hecho esto

tiró el bolso sobre uno de los sillones, fue al mueble-bar y luego al frigorífico.

Con un vaso de *whisky* en la mano, Templeton se sentó en el sofá, bebió un poco sin apartar los ojos del bolso y acto seguido se puso en pie. Se despojó de la trinchera, bebió otro poco, y al fin se decidió a abrirlo.

No había joyas, pero sí algo bastante interesante.

Sonrió al pensar que aquella noche, por lo menos para él, había sido bastante fructífera. Ahora a esperar. A servir de cebo durante horas o días. Entrecerró los ojos y estuvo pensando durante segundos, en los cuales el recuerdo de la rubia no se apartó de su mente.

Finalmente se levantó, apuró el *whisky*, tomó la trinchera y se la puso, y acto seguido abandonó el «*living*» hacia la puerta de la calle, llevando el bolso en la mano.

En el mismo Madison Avenue tomó el «subway» y se perdió en la noche.

Cuando Templeton volvió a su apartamento, clareaba por el horizonte y ya no llevaba el bolso con él.

No se acostó, sino que fue a la ducha. A continuación se preparó un buen desayuno, que devoró con verdadero hambre, pensando.

En un par de mujeres hermosas, en la tercera, la rubia del bolso, y también en un par o tres de hombres, uno de los cuales tenía que ver a no tardar.

Seguramente aquel mismo día.

Acababa de desayunar cuando el timbre de la puerta empezó a sonar insistentemente. Sin replicar a la llamada, sin apresurarse, Templeton atravesó el apartamento y fue al dormitorio. Ya con la automática en el bolsillo del pantalón, mientras el timbre continuaba sonando, se encaminó hacia la misma.

Miró por el visor y en el acto una extraña mueca apareció en su boca.

Entonces abrió la puerta y se echó a un lado.

El teniente Bill O'Connor, del Departamento de Homicidios, y tres policías más, entraron en el acto. Sin mirarle, sin saludar, O'Connor encaró a sus tres hombres.

—Vamos, muchachos, registrad todo esto.

Templeton hizo una mueca y acto seguido se les puso delante, mirando fijamente al teniente.

—Un momento, O'Connor —dijo fríamente—. Espero que traiga un mandamiento judicial, ¿no?

Los ojos negros y fríos de O'Connor chispearon al clavarse en los de él.

—¡Claro que lo traigo, Templeton! Y usted debería saberlo.

La respuesta tardó menos de un segundo en producirse:

—Yo no sé nada, teniente. Por tanto, si no tiene inconveniente, le ruego que me lo muestre.

Sin replicar ahora, O'Connor hizo lo que se le pedía.

—¿Satisfecho? —preguntó tan pronto como se lo hubo mostrado.

—Ahora, sí —musitó a los otros tres, y añadió: en tono risueño—: Pueden empezar. Están ustedes en su casa, muchachos.

Sin añadir más, sin esperar respuesta, Templeton giró en redondo y se encaminó al «*living*», en uno de cuyos sillones se sentó, mientras que O'Connor, que le había seguido sin perderle de vista, se sentaba en otro inmediato al suyo.

DURANTE un largo espacio de tiempo ninguno de los dos habló, hasta que O'Connor rompió el silencio sin poderse contener.

Frente a él, fumando plácidamente veía a Templeton, con una sonrisa sarcástica en la boca, mientras que sus tres agentes registraban todo el apartamento.

—Se divierte, ¿verdad? —preguntó.

Templeton volvió el rostro hacia él.

—Un poco, teniente —confesó—. ¿Por qué no me dice lo que busca y entonces procuraré ayudarlo?

O'Connor soltó una maldición y luego replicó:

—Espere que lo encontremos y entonces se lo diré.

Templeton no replicó a aquello. Continuó fumando tranquilamente mientras que las tres agentes lo revolvían todo, hasta que finalmente, media hora más tarde, el más alto de los tres se acercó a ellos.

—Si no lo tiene encima, aquí no está teniente.

O'Connor se puso en pie. Templeton no se movió, aunque sí preguntó:

—¿Y bien...?

—Pues que no tendré más remedio que registrarle, Templeton.

—Le he dicho que si me dice lo que busca, tal vez yo pueda ayudar...

—¡Lárguese al cuerno con sus bromas, Templeton! Va a dejar que le registren. ¿Sí o no?

—Vuelvo a preguntarle lo mismo, teniente: ¿Qué busca?

—Eso no le importa a usted.

Les miró a los tres, uno a uno, y luego, sonriendo, encaró de nuevo a O'Connor:

—Está bien, teniente —dijo—. Me rindo. Pueden registrarme.

Sin replicar, O'Connor hizo una seña y unos segundos más tarde empezaba el registro. No encontraron nada, pero el teniente no se conformó con aquello.

—Desnúdese, Templeton. Quiero examinar esa ropa.

El ceño de éste se frunció en forma tormentosa.

—De acuerdo, teniente, pero tenga cuidado con ella o hará que me compre un traje nuevo, después de denunciarle a usted por abuso de autoridad. No crea que no sé cuáles son mis derechos, ¿entiende?

—Desnúdese, Templeton.

Lo hizo.

Pero diez minutos más tarde, O'Connor continuaba en el mismo lugar con respecto al registro. Vestido de nuevo, Templeton tomó asiento frente a los cuatro, contemplándoles con gesto divertido.

—¿Algo más, teniente? —preguntó.

El rostro de O'Connor se nubló.

—Sí —replicó—. Dos fiambres cerca del edificio Huntington House de apartamentos. Uno muerto contra el filo de la acera, desnucado, y el otro de un balazo en medio del corazón, hecho con una automática de gran calibre.

—¿Sí...? ¿Y qué tengo yo que ver en eso?

—Aún no lo sé, pero espero averiguarlo a no tardar. Por otra parte, también hay la denuncia de cierta joven contra un tipo que le robó un bolso en su propio apartamento. Nos lo describió, y la descripción cuadra con la de usted.

—Y la mía con la de miles de personas, teniente —hizo una ligera pausa y a continuación preguntó—: ¿Por qué no me detiene, teniente?

—Porque no tengo pruebas contra usted, aunque va a tener que explicarme dónde estuvo anoche antes de venir aquí.

—¿Por qué tengo que hacerlo, teniente?

—Podría decirle que porque quiero yo, pero no lo haré, Templeton. Por tanto, le daré otra razón. Y para dársela, empezaré por una pregunta: ¿En cuántos atracos ha intervenido desde que llegó procedente de Washington?

Templeton esbozó una sonrisa.

—Eso ya me lo preguntaron la última vez que me detuvieron, teniente.

—De acuerdo. Pero tenga en cuenta que voy a acabar con usted y su burlona sonrisa, Templeton. Usted es un «revienta pisos». Sé, porque me han informado de ello, que durante más de quince días se le ha visto rondando la joyería de Samuel St. Hume, y St. Hume ha muerto. Le mataron anoche, de un disparo al corazón.

Templeton reprimió un respingo y sus pensamientos volaron a la despampanante rubia del bolso, pero no la nombró.

—¿Con una automática de gran calibre, teniente?

Pero su pregunta quedó sin respuesta, ya que O'Connor se limitó a formular otra que, en realidad, era la misma de antes.

—¿Dónde estuvo anoche, Templeton?

Éste frunció el ceño y acto seguido replicó:

—Escuche, teniente, hace tres semanas que salí de allí, ¿verdad? Por tanto, ¿no cree que sería un estúpido si tan pronto me metiera en un nuevo lío?

—¿Dónde, Templeton?

La sonrisa de él era cuadrada cuando replicó:

—¿Conoce a Marga López, teniente?

O'Connor replicó lentamente llevando un frunce en su ceño:

—Si lo que me va a decir es que estuvo con ella, debo replicarle que esa declaración no vale. Por lo menos para mí.

Templeton extrajo la pitillera del bolsillo, sacó un cigarrillo y lo encendió antes de explicar:

—Pues no tengo otra, O'Connor. Ahora, si quiere, hasta que lo averigüe, puede detenerme. Pero tenga en cuenta una cosa: que si luego no puede probar nada contra mí, me querellaré contra usted. Aunque sea un simple ladrón, como usted dice, también tengo derecho a vivir tranquilo.

Sin dejar de mirarle mientras hablaba, Templeton se puso en pie.

—¿Va a detenerme, teniente? —añadió.

—Sabe que no puedo hacerlo aunque quiera, Templeton. Pero veremos quién ríe el último. Por lo pronto le diré una cosa: que no salga de Nueva York hasta que esto se aclare. ¿Entendido?

—¿Y dónde me van a querer a mí como no sea en Nueva York, teniente?

O'Connor masculló algo entre dientes mientras Templeton añadía:

—¿Se llevaron algo de la joyería?

—¿Usted qué cree?

—Y usted, claro, llevado por la cólera a causa de ellos, ha venido a mi apartamento a desahogarse conmigo, ¿no?

—Lea los periódicos de hoy y se enterará. Los muchachos de la prensa han hecho de las suyas.

Y antes de que O'Connor pudiera replicar, Templeton soltó una nueva pregunta:

—¿Cómo era la mujer que denunció la desaparición del bolso, teniente? Éste le miró suspicaz. Por lo tanto no le sorprendió su pregunta:

—¿Para qué quiere saberlo, Templeton?

—Para saber si la descripción que usted me dé de ella cuadra también con otros miles de mujeres. Creo que estoy en mi derecho, ¿no?

—¡Váyase al cuerno! —dijo girando hacía da puerta seguido de sus tres subordinados, y añadió al llegar a ella y sin volverse—: nos veremos de nuevo, Templeton.

—Será para mí un placer, teniente —fue la respuesta que obtuvo un segundo antes de atravesar el umbral.

Lentamente, sin dejar de pensar, Templeton acabó de arreglarse y salió a la calle. Media hora más tarde estaba sentado en un bar de la avenida West End, unas yardas por encima de la joyería de St. Hume, frente a un alto y delgado «barman», que le miraba curiosamente.

—¿Qué va a tomar?

Templeton consultó el reloj. Las once y treinta de la mañana.

—Un *whisky* —replicó sonriendo.

Mientras se lo servían tomó un periódico de encima del mostrador y le lanzó una mirada. Como esperaba, el asesinato venía en primera página.

Durante unos cuantos minutos lo estuvo leyendo y luego miró al «barman». Señaló las columnas y comentó:

—Me da la sensación de que eso fue muy cerca de aquí, ¿verdad?

El obsequioso «barman» le dedicó una sonrisa.

—¡Claro que fue cerca! —replicó—. Aquí mismo. Tres o cuatro casas más abajo. Mataron al dueño, ¿sabe? Le dispararon un tiro a quemarropa con una automática de mediano calibre —sonrió de nuevo y añadió a continuación—: Esta mañana estuvo aquí la Policía haciendo infinidad de preguntas, pero no pude decirles nada. Hacía horas que había cerrado el establecimiento.

—Al parecer no se llevaron nada, ¿verdad?

El «barman» quedó unos segundos pensativo y luego replicó:

—Por lo menos, el diario no dice nada, aunque yo pienso todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque entre los policías que vinieron había uno del F. B. I. Creo que un inspector. Y cuando el FBI mete las narices en un asesinato...

—¿Y no les pudo dar usted una pista?

—No. Ya se lo he dicho.

Súbitamente, y mientras pensaba en ello, tuvo una idea, pero no la expuso de momento. Se limitó a dar respuesta a la afirmación del «barman».

—Fue una verdadera lástima para la Policía.

—Sí. Eso he pensado yo también.

Ambos guardaron silencio mientras Templeton apuraba el resto del *whisky*. Luego pidió:

—Póngame otro, ¿quiere?

Mientras se lo servía, preguntó:

—¿Vienen mujeres por aquí?

—Alguna que otra, pero más tarde —consultó su reloj de pulsera—. Pero no mucho más tarde —le miró suspicaz y añadió—: ¿Algún tipo especial?

—Me gustan rubias —replicó Templeton—. Rubias y así... —Hizo unos cuantos gestos cabalísticos con las manos, silbó tenuemente y añadió—: Siendo rubias, me gustan todas.

El «barman» sonrió levemente.

—Así..., lo que se dice así... Bueno; Cherry es así y mucho más.

—¿Cherry? ¿Cherry qué más?

—Sólo eso. Cherry es simplemente eso, Cherry y nada más. Muy hermosa. Y no crea, hace muy poco que viene por aquí.

Podía ser ella o no. Por lo tanto, sin perder la sonrisa preguntó:

—Entonces, ¿usted cree que merece la pena esperarla?

—Sí, siempre que no fracase usted.

—¿Fracasar...? ¿Por qué?

El «barman» rió levemente y después replicó:

—Ella vino hace unos cinco o seis días y desde entonces ninguno de los clientes habituales del bar lograron conquistarla. Esto me hizo pensar que

era diferente a las demás, a pesar de frecuentar el bar a las horas clave, hasta que hace dos días se presentó un tipo y se la llevó. Desde entonces no ha vuelto.

Nuevamente miró el reloj y añadió:

—No creo que tarden mucho en venir.

No tardaron; pero la mujer llamada Cherry, que estaba «así», no vino.

Esto confirmaba las sospechas de Templeton.

Aún así esperó pacientemente hasta las diez de la noche.

Cherry, según sus propios pensamientos, tenía que ser la rubia del bolso. ¿Dónde estaría ahora?

¿En su apartamento, o la había detenido la Policía?

Sería interesante averiguarlo. Y más que esto, quién era el cómplice que la ayudó a liquidar al viejo joyero. Sería también interesante conseguir que ella le dijera quién le dio lo que llevaba en el bolso.

Tomó un taxi.

Descendió de él frente al edificio Huntington, cruzó la calzada y avanzó lentamente hacia la puerta mirando en todas direcciones.

Entró.

Unos minutos más tarde el ascensor le dejó en el piso donde la rubia tenía su apartamento, y ya junto a la puerta del mismo, pegó el oído a la madera y escuchó.

No se oía nada. Vaciló unos segundos y luego pulsó el zumbador, pero nadie contestó a su llamada. Entonces se decidió. Extrajo del bolsillo del pantalón un manojo de ganzúas y abrió la puerta.

El apartamento estaba a oscuras. Templeton, tanteando las paredes se encaminó al «living», sabiendo que ya en él podía encender la luz sin temor de que nadie la viera desde fuera.

Llegó a la puerta del mismo y la empujó. Atravesó el umbral y se volvió para cerrarla. Pero Templeton no llegó a completar el giro. Vio algo parecido a una sombra, algo que descendía sobre él e intentó cubrirse, pero no llegó a tiempo.

Lo único que experimentó antes de perder el conocimiento fue que la cabeza le estallaba en mil pedazos.

Templeton nunca supo cuánto tiempo estuvo allí, sin conocimiento, hasta que lo recobró con la vaga sensación de que no estaba solo.

Todo daba la impresión de haber sido sacudido por un tifón.

No se asombró a pesar de ello. Lo que buscaban en el apartamento de la rubia lo tenía él escondido en otro sitio. No obstante, fuera a lo que fuese, él no podía sospechar que aquella gente actuara tan rápidamente.

Sin abandonar sus pensamientos, Templeton avanzó hacia el dormitorio de ella, cruzó el umbral, encendió la luz, y no avanzó más.

El dormitorio estaba aún en peor estado que el resto del apartamento. La desconocida y bella rubia también estaba allí, haciendo un extraño y

fantástico juego con el destrozo que había en torno.

Al mirarla, se dijo que aún continuaba siendo hermosa a pesar de que la muerte se había enseñoreado en ella.

Se acercó.

La rubia estaba encima de la cama, completamente desnuda y con un tiro en la sien derecha.

Ponía los pies en la acera cuando oyó el agorero ulular de la sirena de la Policía. Apretó el paso y alcanzó la siguiente bocacalle cuando ya el primer coche patrulla estaba a la vista.

Se escondió en uno de los portales hasta que pasaron, y cinco minutos más tarde estaba viajando en el «Subway», hacia la Octava Avenida.

Lo abandonó cerca del número 1.056, e igual que siempre miró en torno antes de emplear la ganzúa en la cerradura de la puerta que daba acceso a la escalera.

La cerró después de entrar, y despreciando el ascensor subió por la escalera hasta el quinto piso.

Apartamento 45-A.

Allí estaba. Lo mismo que siempre. Tan descolorida como antaño. Templeton no llamó. Se limitó a abrir la puerta mediante la operación «ganzúa» y entró, cerrando la puerta.

Sin encender la luz avanzó hasta el «living», donde llegó sin tropezar una sola vez.

Ahora sí tanteó hasta tropezar con uno de los sillones, donde se sentó. Encendió un cigarrillo consciente de que Marga López tardaría aún unas cuantas horas en volver.

Cerró los ojos y entonces se palpó la cabeza. Tenía un chichón como el huevo de una paloma y pensó que Marga se lo curaría tan pronto como llegara.

¿O tal vez no?

Últimamente las cosas entre él y Marga no habían ido por buen camino.

Pero no fue Marga la que llegó tres horas más tarde, aunque sí era una mujer. Templeton tuvo conciencia de ello cuando recibió un golpe en la espinilla. Abrió los ojos llevándose la mano al lugar golpeado y acto seguido los levantó a hizo ademán de ponerse en pie.

—Será mejor que se esté quieto.

Templeton se inmovilizó.

Y entrecerró los ojos mirando su propia automática que le apuntaba al pecho empuñada por una mano demasiado firme para su gusto. Había también unos cortísimos «shorts» y una blusa, y debajo de todo aquello la carrocería de mujer más hermosa que él había visto en su vida.

Templeton la estuvo contemplando por espacio de más de medio minuto, y transcurrido éste se serenó por completo. Pero continuó sin moverse del sillón. El aspecto de ella, como mujer, le gustaba como

ninguna otra, pero el que ofrecía su automática le disgustaba en extremo.

Por lo tanto optó por permanecer completamente inmóvil.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó.

—¿No cree que lo mismo podría preguntarle yo? ¿A qué ha venido? ¿A robar? Si es así, nunca debió de quedarse dormido. ¿No cree usted lo mismo?

Había una hiriente mordacidad en todos y cada una de sus palabras, que no pasó desapercibida para Templeton.

—¿Y qué le importa a usted, preciosa? —preguntó—. Creo que tengo el mismo derecho que usted a estar aquí, o tal vez más.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Porque tanto usted como yo estamos en casa ajena. ¿O no es así?

La súbita y alegre risa de ella le sorprendió.

—Creo que se equivoca, hermano. Estamos en mi apartamento.

Templeton arqueó levemente una ceja.

—Creí que la dueña de todo esto... —Miró en torno mientras pensaba en la forma de acabar con la amenaza de su propia automática—, se llama Marga López, y usted no es Marga, monina.

Ella retrocedió un paso y se sentó sin dejar de apuntarle.

—¿Quién es usted? —preguntó a continuación.

—¿Y usted?

—Me llamo Cherry. Eso es todo.

Templeton estuvo a punto de soltar un respingo, pero se contuvo a tiempo.

—Bien, Cherry, monina —dijo—, ¿qué hace en el apartamento de Marga?

Ella sonrió.

—Lo mismo que usted —rió francamente ante el estupor cada vez más creciente de él y añadió a continuación—: Este apartamento es mío. Marga lo dejó y lo alquilé yo.

—¿Espera que la crea, preciosa?

Cherry levantó una de sus desnudas y magníficas piernas y la cruzó encima de la otra. Entonces bajó el cañón del arma y musitó:

—Sin embargo, es cierto lo que le digo. Tanto es así, que estoy por asegurar que usted es Richard Templeton, ¿no?

—Efectivamente, soy Templeton. ¿Qué fue de Marga?

—¿Para qué quiere que se lo diga?

Templeton hizo una mueca.

—Tengo que hablar con ella. Eso es todo, ricura.

—¿Y cómo sabe que ella quiere hacerlo con usted?

—Eso no importa. Tengo que verla. El asunto es importante.

—De acuerdo, Templeton. Hablaré primero con Marga. Si ella quiere verle ya le avisará.

PAUL Carrigan.

Ésa era su próxima visita. Templeton no sabía dónde encontrarle. Carrigan parecía haber sido tragado por la tierra. La única persona que podía decirle algo de él era Marga y tampoco sabía dónde podía encontrarla en aquel momento.

Consultó el reloj. ¿Y por qué no?

El «Canario Azul» estaba en el centro de Broadway. En el «Canario Azul» había conocido a Marga, días atrás, y desde entonces...

La repentina voz del taxista, diciéndole que habían llegado, le sobresaltó.

Pagó, descendió del taxi, cruzó la acera y entró.

Templeton atravesó el local encaminándose directamente a la barra. Sin mirar a la pareja de baile que había en la encerada y circular pista, se encaramó en uno de los altos taburetes y esperó.

Sólo fueron segundos. Larry Buchanan, el «barman», se acercó a él.

—¿Qué va a...?

Se interrumpió en seco y abrió mucho los ojos. Después frunció el ceño y preguntó secamente:

—Un *whisky*, ¿no?

—Sí, Larry —replicó—. Lo de siempre. *Whisky* con hielo.

Esperó a que se lo sirvieran. Después, cuando éste ya giraba para alejarse, Templeton preguntó:

—¿Qué sabes de Marga?

Buchanan achicó los ojos.

—Sigue aquí —replicó ante el asombro de Templeton—. Pero no creo que le guste mucho su presencia.

Templeton hizo una mueca.

—¿Algún otro?

—Eso tendrá que preguntárselo a ella. Es algo que no me importa.

—Tampoco debe importarle entonces, ni poco ni mucho, si le gusta o no mi presencia, Larry.

El «barman» se alejó sin replicar y Templeton tomó el vaso que apuró de un trago. A continuación abandonó el taburete, atravesó el local y unos segundos más tarde empezó a subir por la escalera que conducía a piso superior y a los camerinos de los artistas.

¿Qué diría ella al verle? No le importaba ni poco ni mucho mientras le dijera dónde podía encontrar a Carrigan.

Marga se estaba cambiando de ropa cuando entró, sin llamar, según tenía por costumbre. Marga era alta, casi tanto como la Cherry que conoció no hacía mucho. Pero la Cherry viva. Ojos grandes y almendrados

y con una gran fachada.

Todo un encanto de mujer.

Que se volvió tan pronto como le oyó entrar.

Por unos instantes, Templeton vio cómo ella contenía la respiración y luego cómo su seno acusaba el impacto del aire cuando aspiró profundamente y a continuación lo soltó con violencia.

—¡Richard!

Lo que sucedió a continuación le pilló de sorpresa, ya que no era lo que esperaba. Marga corrió hacia él y en unos segundos Templeton la tuvo entre sus brazos, besándola, acariciándola, notando también cómo sus caricias y besos eran de fuego.

Templeton sacudió la cabeza, después la separó de sus brazos y fue a sentarse encima de uno de los taburetes. Mientras lo hacía, ella miró su reloj.

—¿Hace mucho que has salido de allí?

—Cerca de un mes.

—¡Richard! ¿Un mes en la calle y aún no te has dejado ver por aquí?

Templeton hizo una mueca.

—Tenía miedo de que me apartaras de tu lado, de un manotazo, como se aparta a una mosca molesta, monina.

—Ya deberías saber que eso no lo haré nunca, Richard. Puedes estar seguro de ella. ¿Sabes por qué? Porque te quiero mucho. Y tú, ¿por qué no pruebas a cambiar de vida?

Con la misma pregunta, Marga acabó de ponerse el vestido y preguntó, antes de que él pudiera contestar a la suya anterior:

—¿Nos vamos?

Templeton contestó a su primera pregunta:

—Porque es difícil. Cuando se ha caído, cuando se empieza a rodar por la pendiente, uno no se puede detener. Por eso no cambio ni cambiaré.

Marga le prendió del brazo y tiró de él.

—Yo tampoco he cambiado para ti, Richard —replicó mientras lo hacía—. Ni cambiaré nunca a este respecto. Te quiero y tú lo sabes. Me he conservado fiel por eso. Tú, Richard, podrías poner de tu...

—Es mejor que nos vayamos, Marga —replicó él interrumpiéndola.

Sin replicar, ambos salieron al pasillo, descendieron por la escalera, atravesaron el local y alcanzaron la calle.

Siempre conduciéndole ella. Marga se detuvo ante un «Mercedes» modelo «sport», y se soltó de su brazo para buscar el manojito de llaves. Abrió la portezuela y se volvió para mirarle.

—Vamos, sube.

El comentario de él fue un tanto mordaz:

—Por lo visto, en este año has prosperado mucho, Marga.

Ella le miró fijamente mientras se colocaba a su lado.

—No voy a tomártelo en cuenta, Richard —dijo—, pero sí voy a decirte la verdad. Gano mucho. Muchísimo más de lo que podría haber soñado nunca. Por lo tanto no necesito un amante que me pague estos lujos.

Templeton no replicó y ella puso el coche en marcha. Ya en pleno Broadway, con los ojos fijos en el intenso tráfico, Marga preguntó:

—¿En qué nuevo lío te has metido, Richard?

—En ninguno, que yo sepa.

—Por favor, querido, no mientas.

—¡Marga!

Sin hacer caso al tono de él, ella añadió:

—Ayer estuvo a verme el teniente O'Connor, del Departamento de Homicidios. Deseaba saber si te había visto últimamente. Y le dije que sí.

—¿Nada más?

—Pues sí. Le dije que desde hacía una semana te veía todos los días. En fin, que no nos separábamos nada más que cuando yo estaba actuando. ¿Satisfecho?

—¿Por qué lo hiciste, Marga? El delito de perjurio se paga con...

—Sé todo eso, Richard. Pero por encima de todas las leyes está todo mi amor por ti, querido.

—¿Dónde diablos me llevas, preciosa? —preguntó él.

—¡Pero, Richard! A mi apartamento. ¿Dónde quieres que te lleve?

Por unos segundos, Templeton no supo qué decir. Luego replicó lentamente:

—Alguien me dijo que te habías mudado, Marga.

—Te engañaron, querido. ¿Quién fue?

Templeton pensó rápidamente sin saber si era o no conveniente replicar con la verdad. Optó por ésta.

—Una mujer con el pelo color caoba, muchacha.

Marga frunció el ceño.

—No conozco a ninguna mujer de esas trazas —replicó lentamente—. ¿Quién crees que pueda ser?

Templeton no dijo nada si bien continuó preguntándose por la mujer que dijo llamarse Cherry. ¿Por qué mintió? ¿Por qué le dijo que Marga había dejado su apartamento? Y finalmente, ¿por qué le echó a él alegando que ahora era el suyo?

Entonces, preguntó:

—Continúas viviendo sola, ¿no?

—Excepto cuando tú estás, querido.

Templeton quedó pensativo hasta que Marga le interrumpió:

—Bueno, querido, hemos llegado.

Miró por la ventanilla. Era verdad «El Mercedes» estaba detenido frente a la puerta donde ella tenía su apartamento. Templeton abrió la portezuela y la ayudó a descender, clavando los ojos en sus inigualables piernas que

ella le mostró con entera profusión al abandonar el coche.

Ya en el quinto piso, lo primero que Templeton observó fue que la puerta del apartamento estaba simplemente entornada. Marga le miró sonriendo.

—Cualquier día van a robarme algo querido —dijo—. Acostumbro a dejar la puerta abierta con alguna frecuencia.

Pero Templeton sabía que por aquella vez, Marga no la había dejado así. Por lo tanto, extrajo la Luger y ella respingó:

—¡Richard! Pero que...

El se puso un dedo en los labios y Marga se interrumpió. La empujó suavemente hacia un lado de la puerta y acto seguido la abrió con violencia, saltando a continuación de costado.

Nada sucedió empero, por lo que Marga rió tenuamente.

—Creo que no estás bien de los nervios, querido —dijo después.

Sin replicar, Templeton encendió la luz y entró llevándola detrás. Dio dos pasos y se volvió a mirarla, mientras ella soltaba una ahogada exclamación.

—¿Dejaste así tu apartamento antes de salir, querida?

Antes de que pudiera replicar, llevando la Luger en la mano, se adentró en el apartamento. No había nadie. La mujer llamada Cherry había desaparecido, pero el apartamento estaba igual que el de la rubia del bolso.

Templeton se volvió dándose de manos a boca con Marga. Durante unos segundos se miraron en silencio, hasta que ella exclamó:

—Voy a llamar a la Policía, Richard.

Intentó dar media vuelta, pero Templeton la sujetó por un brazo.

—No hagas eso, monina —dijo secamente.

Marga agrandó los ojos y le miró.

—¿Por qué? —preguntó.

Templeton tiró de ella hacia el dormitorio, y la hizo sentar en la cama ya que aquél era el único lugar donde podían hacerlo por el momento.

Parado frente a ella, declaró fríamente:

—Lo que te ha ocurrido, Marga, es culpa mía, querida.

—Explícate, ¿quieres?

—A eso voy —hizo una pausa y añadió—: ¿Dónde podría encontrar a Paul Carrigan, monina?

—¿Qué tiene que ver Paul con todo esto?

—Aún no lo sé. Pero te apuesto lo que quieras a que Paul anda buscando algo que él sabe que tengo yo, o por lo menos lo sospecha así.

—¿Para eso le buscas?

—No, Marga, y tú lo sabes.

—Una venganza, ¿no?

Templeton se permitió una sonrisa.

—Tampoco es eso exactamente, Marga. Carrigan me la jugó en una ocasión pero eso ya está olvidado, siempre que me dé mi parte, ¿comprendes?

—Sí, entiendo, y porque lo entiendo, creo que lo nuestro va a acabar.

—Tú dijiste que...

—Que te quería, ¿no? Es así. Pero comprende que no siempre puedo estar como ahora, esperando que uno de tus amigos te mate, o que te metan en la cárcel, si no acabas en la silla eléctrica.

—De acuerdo, si tú lo quieres así, Marga. También puedes telefonear a la Policía si así lo deseas, pero antes, te pido que me digas dónde se esconde esa rata de Carrigan.

—Carrigan no se esconde, Richard. El no se ha escondido nunca.

—¿No...? Entonces, ¿por qué no da la cara?

Ella rió suavemente.

—Encontrarás a Carrigan en la Quinta Avenida, Richard. Ve a verle y haz que te maten. Pero si no es así, si tienes suerte, no vuelvas por aquí. No podría recibirte.

Templeton permaneció en silencio durante unos cuantos segundos en los cuales ella tuvo la sensación de que a pesar de tenerlo cerca, él estaba infinitamente lejos de allí. Después preguntó:

—¿Con Lajos Tichey, Marga?

—Sí.

—Nunca lo hubiera supuesto. Ahora, dime, ¿qué se traen entre manos esos dos?

—¿Para qué quieres saberlo?

Templeton contestó con otra pregunta:

—¿Lo sabes tú, preciosa?

—En concreto, nada.

—Sin concretar, ¿qué es lo que sabes?

—¡Richard!

—Contesta, monina, ¿quieres?

Ella vaciló mientras se retrepaba contra la almohada, y al fin replicó:

—Muchas cosas y ninguna buena, Richard. Con seguridad no lo sé, pero creo que llevan o buscan chicas para la trata de blancas. Paul es un hombre guapo y un conquistador consumado. Tiene algo que gusta a las mujeres y se sirve de eso para...

—No es por ahí, Marga —interrumpió Templeton.

—No te entiendo.

—Me refiero al espionaje, querida.

Marga levantó sus magníficas piernas y se sentó sobre la cama. Abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Confieso que no lo sé aún —replicó secamente. Y ahora, dime: ¿hace

mucho que esos dos andan juntos?

—Creo que cerca de un año. ¿Por qué?

Pero él tampoco se lo dijo. Simplemente se limitó a formular otra pregunta:

—¿Quién es Cherry, Marga?

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Cherry...? ¿Y qué más, querido?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto a ti.

—Pues continuarás sin saberlo, porque yo tampoco lo sé.

Templeton sacó un cigarrillo y lo encendió. A continuación, preguntó:

—¿Te diría algo a ti, si yo te dijera que una mujer, joven, hermosa, elegante y con una carrocería de espanto es la que te ha puesto el apartamento así?

Marga se puso en pie de un salto y Templeton respiró fuerte cuando la falda de ella quedó a la altura de medio muslo.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con ella esta noche, y aquí mismo, querida.

—Explícate, ¿quieres?

Templeton lo hizo lentamente, y al terminar, Marga afirmó:

—Estamos lo mismo que antes, Richard.

—Tú, sí; pero yo, no. Por eso te pido que abandones este apartamento y te largues a un hotel.

—¿Por qué?

—Se han cometido dos asesinatos, y puede que tú seas la tercera en morir, Marga —afirmó brutalmente—. Creo que con esa explicación es suficiente, ¿no?

—No para mí. Si no te explicas mejor...

—Está bien, Marga. Ya te dije que esa gente, Carrigan y alguien más, buscan algo que creen que tengo yo...

—¿Y no es así?

—¡No! Y no me interrumpas, por favor —hizo una pausa y añadió—: Lo estás buscando, y por eso, sabiendo lo que hay entre tú y yo, sospechando que yo te lo había dado a guardar a ti, han registrado tu apartamento, dejándolo como ves. Si te hubieras encontrado dentro, hubieras acabado como St. Hume, el joyero, y una mujer rubia cuya identidad desconozco. Asesinada también. ¿Es suficiente para ti?

—¿Tiene que serlo?

Templeton la miró, suspicaz.

—Sí —replicó después.

—Entonces, ¿para qué discutir más?

Marga se puso en pie y se acercó a él. Levantó la hermosa cabeza para mirarle y preguntó:

—Vas a ir a buscarles, ¿verdad?

—Sí, voy a ir a buscarles.

—Entonces, Richard, será mejor que sea yo sola la que busque un hotel.

—¿Lo deseas así?

—Sí.

Apenas si fue un tenue susurro, pero Templeton la oyó con entera claridad. Y no replicó. No podía hacerlo. Por lo tanto, en el más completo mutismo abandonó el apartamento y salió a la calle.

Apenas si puso los pies en la acera, dos sombras se colocaron a ambos lados de él. Templeton hizo un instintivo movimiento de defensa que atajaron en seco.

—Será mejor que no haga tonterías, Templeton.

Les miró a los dos. Uno a uno. Luego una vaga sonrisa se perfiló en su boca de labios finos y un tanto crueles.

—¿De la bofia?, ¿no? —preguntó con sarcasmo.

—¿Por qué no es usted un poco más comedido, Templeton? —preguntó uno de ellos.

—Tal vez porque no me enseñaron a serlo, agente —replicó—. ¿De qué se me acusa?

—Por ahora de nada —fue la sorprendente respuesta que obtuvo—, pero tendrás que venir con nosotros.

—¿Dónde?

—A dar un paseo. ¿Vamos?

Templeton les miró a los dos, se encogió levemente de hombros y empezó a andar hacia el largo y potente «Mercury» estacionado unas yardas más allá, cuya matricula de Nueva York nada le decía.

Templeton subió en medio de los dos, y acto seguido el coche se puso en marcha.

TEMPLETON, a pesar de ir en medio, alargó el cuello para mirar por la ventanilla y se sorprendió al darse cuenta de que el coche buscaba la salida de Nueva York por el puente de Brooklyn.

No hizo comentario alguno ni cuando éste enfiló la carretera, por donde corrió por espacio de un par de millas. Luego el conductor lo detuvo después de sacarle de la carretera, y entonces Templeton extrajo la pitillera. Ofreció cigarrillos que aceptaron y esperó.

Repentinamente, uno de ellos introdujo la mano en el bolsillo y extrajo una placa que Templeton conocía muy bien. Acto seguido se presentó a sí mismo:

—Al Conning, agente especial del FBI, Templeton —dijo—. Mike Terrence y yo deseamos hablar con usted.

Una vez más, Templeton les miró a los dos.

Dos buenos ejemplares de hombre. Altos, fuertes, atléticos, muy capaces por sí solos de resolver cualquier dificultad que se presentara por dura que fuera.

Terrence era rubio. Nariz aguileña y ojos oscuros y fríos. Conning, moreno, ojos negros y brillantes, y boca que sonreía siempre, pero con la misma frialdad que había en sus ojos.

—Tanto gusto —replicó Templeton con absoluta tranquilidad—. Y ahora, ¿quieren explicarme qué significa este paseo a la luz de la luna? —Les miró de nuevo y añadió burlonamente—: Francamente hubiera preferido una rubia y una morena. Con buenas piernas sobre todo, Conning. ¿Y bien...?

Éste pasó por alto las palabras de Templeton y replicó a su pregunta:

—Deseamos pedirle un favor.

—Bien, desembuchen, que quiero acostarme.

—De acuerdo, Templeton —siguió Conning, mientras que Terrence permanecía silencioso sin perderles de vista a los dos—. Voy a decirle lo que quiero. ¿Por qué no es un buen chico y nos entrega lo que usted tiene y que nosotros buscamos?

—Si no se explica, me temo que no voy a entenderle a usted. ¿Qué es lo que yo tengo, si puede saberse?

Conning hizo una mueca con los labios y replicó:

—Algo que le quitó a cierta rubia asesinada. Una rubia que hace apenas cuarenta y ocho horas abandonó a altas horas de la noche la joyería de St. Hume.

—Conozco a muchas rubias, sabueso, y a todas por sus nombres. ¿Cómo se llamaba ella?

El agente especial le miró dubitativo y finalmente replicó:

—Cherry Morrison, agente del CIA, Templeton. ¿Le dice a usted algo? Templeton reprimió un respingo.

—No, nada. Y dígame: ¿cómo sabe que fui yo el hombre que se llevó...? ¿Qué fue lo que se llevó, agente?

Los ojos de Conning se mostraron fríos cuando le miró de frente.

—De esa forma no vamos a ninguna parte, Templeton —dijo.

El no se desconcertó por la frialdad del federal.

—Ni de ésta ni de ninguna otra, Conning. Por lo menos si no se explica con claridad.

Conning vaciló unos segundos, al cabo de los cuales, replicó:

—Creo que comete una equivocación, Templeton, al no querer colaborar con nosotros —hizo una pausa y añadió con tono persuasivo—: ¿qué le parece si el Gobierno se olvida de quién es usted, de lo que ha sido, limpia sus antecedentes penales y le busca un trabajo donde pueda desenvolverse como una persona decente?

—¿A cambio de qué, agente?

El hasta ahora silencioso Terrence saltó una nada académica maldición y después estalló:

—Escuche de una vez, Templeton: Una mujer fue muerta, asesinada, mucho después de que abandonara la joyería de St. Hume, quien fue asesinado a su vez. Esa mujer llevaba en el bolso algo muy valioso para la defensa de los Estados Unidos, y ese algo lo tiene usted. Lo sabemos.

—¿Cómo está tan seguro de ello?

—Por muchas razones. Pero sólo le diré una: sus antecedentes.

—¿Qué tienen que ver mis antecedentes para que una agente del CIA pierda cualquiera cabe qué, y un poco más tarde aparezca asesinada?

—Durante diez y quince días, usted, Templeton, estuvo rondando la joyería. Era un establecimiento vigilado por nosotros. Por lo tanto, varios de nuestros agentes le vieron a usted, y se le vigiló, pero en las últimas horas no pudimos hacerlo ya que tuvimos que intervenir en otro asunto. ¿Dónde lo guarda, Templeton?

Después de la pregunta, un espeso silencio cayó dentro del «Mercury», silencio que Templeton rompió encarando a Terrence.

—Escuche, agente —empezó fríamente—. No sé de qué me está hablando. Ni usted, ni cuando me dijo algo de esto el teniente O'Connor, de la Metropolitana. Si no me cree deténgame y lléveme a un lugar donde me pueda someter a un interrogatorio. ¿O no son éstos los métodos del FBI para con los espías?

—¿Es ésta su última palabra, Templeton?

Se encogió de hombros mientras que en sus labios aparecía una sarcástica sonrisa.

—Eso es todo lo que puedo decir, ya que no sé otra cosa —replicó.

—De acuerdo. Nadie va a detenerle por ahora. El FBI va a darle cuerda

para que se ahorque en ella —giró la cabeza y encaró al tercero de ellos. Pon el coche en marcha y vámonos, Buck.

El «Mercury» se puso suavemente en marcha, dio media vuelta y enfiló hacia Nueva York.

Ya en el puente de Brooklyn, Templeton rompió el silencio que reinaba entre ellos:

—Pueden dejarme aquí, ¿quieren?

El «Mercury» se detuvo después de acercarse al bordillo de la acera. Conning abrió la portezuela para dejarle pasar y ya en la acera le enfrentó:

—Tenga mucho cuidado con Carrigan y Tichey, Templeton. Es un consejo que le doy para su bien.

Templeton se permitió una tenue sonrisa.

—Continúo sin saber lo que me dice, agente —replicó.

—Ya lo sé. Es que verá, Templeton, yo no estoy acostumbrado a hablar para los deficientes mentales, ¿comprende? Por lo tanto se lo aclararé. No deseo que encienda una guerra entre esos dos. ¿Está claro?

Templeton asintió con un mudo gesto de cabeza y acto seguido giró sobre sus talones. Tres minutos más tarde se encontraba viajando hacia la Quinta Avenida sin tener en cuenta la opinión del FBI sobre aquello.

Ya en la misma, caminó por entre el gentío que abarrotaba la acera a pesar de la hora, por espacio de una cuadra, y luego se detuvo frente a la puerta del «Palas Club».

Miró al uniformado portero.

No le conocía. Por lo menos, Lajos Tichey lo había cambiado. Y se preguntó si también habría cambiado a alguno de sus hombres.

Antes de entrar pensó de nuevo en los dos agentes del FBI. Comprendía claramente la actitud que habían tenido con él. No estaban seguros de la acusación. Sólo eran sospechas. De lo contrario, ahora no estaría allí, tan tranquilo, mirando la puerta giratoria del club.

Sonriendo la empujó y entró.

No miró a la hermosa mujer que se exhibía en la pista, y eso que debiera de haberlo hecho, sino que caminó atravesando el local recto a los cortinajes del fondo, detrás de los cuales estaban los reservados y la escalera que conducía al piso superior.

Subió por ella pensando que Tichey se estaba volviendo muy descuidado.

El pasillo también estaba desierto, sin los dos guardaespaldas que siempre había en la puerta del despacho. Tal vez Tichey no estaba allí. Tal vez había ido a cualquier sitio en compañía de Carrigan.

Templeton frunció el ceño y se detuvo. Unos segundos después pasaba la «Luger» al bolsillo derecho de la trinchera.

Avanzó ahora resueltamente y empujó la puerta del despacho de Tichey.

Entró.

Carrigan estaba allí, sentado en uno de los mullidos sillones, y no se encontraba solo, porque detrás de la mesa de despacho permanecía Tichey, que se puso en pie apenas verle, con una untuosa sonrisa en sus pálidos labios.

—Cuernos, Templeton, ya era hora de que te dejaras caer por aquí.

No replicó. No lo hizo tampoco cuando Carrigan se puso en pie para enfrenarle. Les miraba. A Tichey y a Carrigan.

Lajos Tichey rondaba ya los cuarenta. Tenía el pelo de las sienes completamente blanco y era alto y macizo. Fuerte en líneas generales.

Carrigan era rubio y delgado y de unos treinta años de edad. Vestía de gris con un traje de irreprochable corte. Al parecer, los dos habían prosperado mucho desde la última vez que les viera juntos.

Sin replicar, Templeton continuó avanzando y acto seguido se dejó caer en uno de los sillones. Extrajo la pitillera y calmamente encendió un cigarrillo mientras Carrigan le contemplaba con el ceño tormentoso.

Fue entonces cuando Templeton dio la respuesta a Tichey.

—Francamente no venía a verte a ti, Lajos. Mi visita era para Carrigan.

Carrigan intervino entonces.

—¿Para qué? ¿Por qué?

Templeton soltó una risita.

—Quiero mi parte, Carrigan. He venido por ella.

—No hay un solo dólar, Templeton.

Éste esbozó una fría sonrisa.

—¿Esperas que me lo crea?

—No. Sé que no lo crearás, pero es así. El robo del National Bank fue un fracaso y tú deberías de saberlo.

—Simplemente sé una cosa: que me cazaron a mí, mientras que los demás escapabais. He estado pudriéndome durante un año y nadie se ha acordado de mí. Eso, y el no abrir la boca, vale un montón de dólares, y he venido a por ellos.

—Estás loco, Templeton.

—Puede que sí, Carrigan, ya que he venido a por cien de los grandes. Tenéis veinticuatro horas para buscarlos. Si no los consigues, puede que me dé una vuelta por el departamento del FBI, Carrigan.

El «gangster» soltó una soez maldición, se dejó caer en el sillón, y acto seguido replicó:

—¿Qué cuernos quieres que haga, Templeton? La banda se deshizo. La deshizo la Policía minutos después de que cayeras tú. Ellos se llevaron el botín.

Templeton fumó en silencio unos cuantos segundos, mientras que Tichey les contemplaba desde detrás de la mesa, con una burlona sonrisa.

—Sé todo eso, Carrigan —replicó Templeton con extraña calma—. Sé

que la Policía se quedó con todo, pero mi año de cárcel vale cien de los grandes. Eso es todo, muchacho. ¡Búscalos y te ahorrarás molestias! Tienes tiempo hasta mañana a la noche.

Carrigan no replicó.

Se limitó a mirarle de pies a cabeza. Su actitud fría y despectiva no le gustaba en modo alguno. Tampoco la mano derecha que mantenía dentro del bolsillo de la trinchera.

Se humedeció los labios con la lengua y entonces sí replicó:

—Desde luego te comprendo, Templeton. Y voy a darte algo, pero no cien de los grandes. No los tengo. Por otra parte, entre Tichey y yo podemos darte también algún trabajo que te convenga. Muchos dólares y poco riesgo. ¿Qué te parece?

Pero estaba pensando en otra cosa, y Templeton lo sabía. Fue a decir algo y entonces intervino Tichey.

—Carrigan tiene razón, muchacho. Tenemos negocios en grande y...

—¡Ya lo sé, Tichey! Sé a lo que os dedicáis ahora...

—¿Qué sa...?

—En prisión se entera uno de muchas cosas aunque os parezca mentira a vosotros. Por lo tanto, desembuchad. ¿Qué queréis de mí?

Tichey soltó una tenue risita mientras le miraba fijamente, preguntándose si Templeton sabría tanto como afirmaba o si sólo era una finta para hacerle confesar la verdad.

—Antes tenemos que hablar tú y yo de una cosa, Templeton.

—¿De la joyería de St. Hume?

—Eres un tipo listo, muchacho. Siempre le dije a Carrigan que tú harías carrera tan pronto como salieras de la cárcel.

—Por eso te pusiste en contacto conmigo, ¿verdad?

—Claro, te necesito. El asunto de las joyas era bueno, ¿no? ¿Dónde están? Supongo que no habrás hecho la imbecilidad de traerlas contigo, ¿verdad?

Templeton no replicó de momento. Pensaba.

En el pasado. En el robo del National Bank, y en la petición de Tichey cuando se puso en contacto con él para que reventara la caja de caudales del viejo St. Hume y se hiciera con las joyas. Dio su palabra, sonriente, ya que las cosas a partir de aquel entonces iban a deslizarse por los cauces que él quería.

Pero ninguno había contado con la intervención de una esplendorosa rubia, y mucho menos de que ésta fuera asesinada. ¿Una trampa?

Podía ser.

—No tengo esas joyas, Lajos —afirmó secamente...

Tichey se puso en pie de un salto.

—¡Cuernos! —estalló—. ¿Qué quieres decir?

—Simplemente que alguien se me adelantó aquella noche liquidando al

viejo. ¿O no lees los periódicos?

Tichey le miró fijamente por unos segundos y luego se sentó.

—Sí, los leo —replicó—. Por lo tanto, creí que habías sido tú —hizo una pausa y añadió—: cuanto más lo pienso más me agrada la idea. Tú, Templeton, mataste al viejo. Le sorprendiste allí y le liquidaste. Luego, impulsado por el miedo, huiste dejando las joyas. Has sido un estúpido cobarde, Templeton.

No se movió, y por la firmeza e inmovilidad de su rostro, tanto Carrigan como el propio Tichey, tuvieron la casi certidumbre de que no le había oído. Pero no era así. Templeton lo demostró cuando replicó lentamente:

—La Policía, el FBI, ya saben que no fui yo, Tichey. Por lo tanto, por esa parte estoy tranquilo...

—¿Qué quieres decir?

—Me explicaré. Desde luego no tengo las joyas. Antes que yo intervino otra persona. Una mujer. Una rubia llamada Cherry Morrison. Ella sacó algo de la tienda de St. Hume. Algo que ahora tengo yo, Tichey. Algo que tú o tus hombres, aunque también pudo ser Carrigan y los suyos, has estado buscando hasta ahora. En fin, Carrigan —añadió encarándole—, algo tan importante como para traer de cabeza al FBI y al CIA juntos. ¿No os dice nada esto?

A sus palabras siguió un silencio que rompió Tichey unos segundos después.

—¿Qué sabes tú de eso, Templeton?

La sonrisa de éste estaba llena de sarcasmo cuando replicó:

—Lo mismo que sé muchas cosas más, Tichey. Lo mismo que sé que esa Cherry Morrison fue asesinada. Un asesinato brutal y fuera de lugar, ya que lo que buscaba su asesino no lo tenía ella. Alguien, tal vez otro más listo, se lo quitó del bolsillo y lo escondió.

Tichey frunció el ceño mientras Carrigan respiraba con dificultad.

Finalmente, el primero replicó con una pregunta:

—¿Cómo sabes que ese asesinato no sirvió para nada?

—Podría decirte que por el mismo motivo que tú me ayudaste estando en la cárcel, pero no quiero, aunque ahora voy a decirte la verdad. Lo sé, porque lo que tú y tus hombres buscáis, lo que querías que sacara de la joyería envuelto con las joyas, y en fin, lo que la rubia se llevó de allí, lo tengo yo.

—¡Cristo, Templeton!

—Lo tengo yo, y para ti vale exactamente un millón de dólares.

En contra de lo que esperaba, el rostro de Tichey permaneció inalterable.

—Si quieres que te diga la verdad, no te entiendo, Templeton.

Éste se puso en pie y les enfrentó a los dos por espacio de más de medio

minuto. Acto seguido replicó:

—De acuerdo, Lajos. Tú no me entiendes. Eso está claro para mí. Ahora escúchame; no tengo las joyas, no he matado a St. Hume, pero tengo algo que muy bien puede interesarte. Si no a ti, sí a otra persona —miró a Carrigan y añadió lentamente—: Quiero esos dólares, muchacho, para mañana noche. Y creo que harás bien en buscarlos donde quiera que estén.

—Pero...

Templeton le interrumpió con un gesto.

—Eso es todo por esta noche —dijo a continuación.

Dio media vuelta hacia la puerta.

Templeton descendió por la escalera. Por lo menos esto fue lo que intentó hacer, aunque de momento no llegó a abajo.

En la pista, bailando una danza de los mares del Sur, vistiendo solamente una extraña mosquitera de transparente nylon, estaba la mujer que encontrara en el apartamento de Marga López.

Templeton se inmovilizó en el segundo rellano y miró como fascinado aquel maravilloso cuerpo apenas cubierto y aquellas maravillosas piernas completamente desnudas, notando cómo su pulso se aceleraba. Después se escurrió materialmente hasta alcanzar el local y buscó uno de los oscuros rincones.

Al instante uno de los «barman» se le acercó y pidió un *whisky*.

—¿Algo más? —preguntó.

Templeton le miró suspicaz.

—Se refiere a si deseo compañía, ¿verdad?

El «barman» asintió en silencio.

—Sí. Busque a alguna chica que no esté mal.

No tardó en venir. Templeton la invitó y bebieron juntos hasta más de una hora, al cabo de la cual ella se mostró extrañada de que éste, después de pagar la cuenta, abandonara precipitadamente su compañía.

Salió a la calle. Delante de él caminaba la exuberante muchacha que dijo llamarse Cherry.

La rubia estaba abriendo la portezuela cuando él llegó a su espalda.

—Será mejor que subamos los dos tranquilamente, Cherry, monina —dijo heladamente.

Los hermosos, blancos y casi desnudos hombros de ella se estremecieron ligeramente. Luego se volvió. Miró a Templeton y luego bajó los ojos hacia el bolsillo de la trinchera. Al segundo comprendió y le sonrió levemente.

Después dijo, sorprendiéndole:

—¡Ah! ¿Era usted...?

—Sí, ricura, yo mismo. Haz el favor de entrar y llévame donde tú vayas. Quiero hablar contigo.

«Color caoba» continuó sonriendo al parecer sin molestarse por el tuteo

de Templeton.

—De acuerdo, sube —replicó tuteándole también.

Entró primero colocándose frente al volante y esperó a que Templeton se instalara a su lado.

—Bien —dijo ella—, ¿dónde te llevo?

—Donde tú vayas.

—Voy a mi apartamento, Templeton.

—Iré contigo.

Y a partir de entonces ninguno de los dos habló hasta que ella detuvo el «Cadillac» frente al número 1.080 de Riverside Drive.

—Vamos, nena —repitió, prendiéndola ahora por un brazo y tirando de ella—. Tú y yo vamos a hablar. Después puede que te rompa un hueso o que te bese.

—Es usted un... —masculló ella entre dientes.

Pero le siguió hasta el «*living*» donde Templeton la llevó sin pronunciar una sola palabra.

—Siéntate, querida —dijo, empujándola contra uno de los sillones donde ella se desplomó pesadamente, con las largas y maravillosas piernas por completo al descubierto.

A pesar del batacazo, ella preguntó suavemente:

Bien, Richard, ¿qué quiere saber?

Templeton, procurando no mirarla mucho a las piernas, ya que ella no hacía nada por cubrirlas, preguntó:

—¿Cómo te llamas, preciosa? No me digas que Cherry Morrison, porque ya está muerta. La asesinaron. Pero puede que tú ya lo sepas, ¿no?

Nada en su bello semblante le dijo si había acertado o no.

—No sé de qué me estás hablando, Richard. ¿Quién te ha dicho que yo me llamo Cherry, querido? Mi nombre es Coralee Stivens. Corry para los amigos, y tú lo eres, ¿no?

—¿Qué buscabas en el apartamento de Marga López, amor?

Corry entrecerró los ojos antes de responder:

—No sé de qué me estás hablando, querido.

Al parecer, según opinión exclusiva de Templeton, desde que empezó todo aquello, nadie sabía nada de nada. Pero no era así. Se puso en pie y Corry pudo ver el brillo peligroso que había en sus ojos.

Avanzó unos pasos y ella no se movió.

Y continuó, sin hacer un solo ademán cuando Templeton se detuvo frente a ella rozando con el pantalón sus bien torneadas rodillas.

—¿No, eh? —replicó—. Pues escucha, muñeca, espero tu respuesta, pero la verdad de ella. Si no es así...

—¿Qué...? —interrumpió Corry fríamente.

Templeton rió silenciosamente y ella se estremeció al conjuro de la misma.

—Creo que te partiré la boca si no contestas, Coralee.

Corry se puso en pie.

Toda su actitud era ahora de desafío para el hombre que estaba frente a ella.

—¿De veras? —preguntó—. Pues no pienso contestar a tu pregunta. Yo nunca estuve en casa de esa... ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Marga López?

Templeton no vaciló. Dio el paso que le faltaba y a continuación disparó el brazo.

Con las magníficas piernas por el aire, Corry volteó al otro lado del sillón donde se sentaba, y él fue tras ella, temiendo que sacara una automática de cualquier sitio.

Inverosímil por supuesto.

Pero ella, se llevó la mano a los senos, agitados ahora, no fue para nada de esto, sino porque Templeton se la venía encima sin contemplación alguna. Pero no llegó a tocarla, por lo menos de la forma que esperaba, ya

que Coralee, apenas si le tuvo a su lado, llevó las manos a su cuello, ofreciéndole los labios.

Durante unos segundos, Templeton vaciló, mientras notaba el fuego de sus labios, y luego se dejó llevar.

Cuando se separaron había pasado mucho tiempo. Mirándola, ovillada en el suelo, suelta la hermosa mata de pelo, convertida ahora en una maraña, fue a sentarse en uno de los sillones, y desde allí la miró.

Y continuó mirándola hasta que Corry se puso en pie para acto seguido sentarse en el sofá donde se arregló el desaliño de la ropa y el pelo.

Después preguntó, con los ojos brillantes y temblorosos los rojos labios:

—¿Satisfecho, Richard?

Templeton encendió primero un cigarrillo y luego replicó:

—Sólo en parte, querida.

—¿Sí...? ¿Por qué quieres más?

Templeton se puso de nuevo en pie y se acercó a ella.

—Quiero que me digas a qué fuiste a casa de Marga. Quiero que me digas por qué me engañaste allí.

Como primera respuesta, Corry se llevó la mano a la mejilla golpeada, Luego cabalgó una de sus magníficas piernas sobre la otra y mirándole dijo:

—Te he dado mi respuesta, Richard. A lo que te dije, no puedo añadir nada más.

Templeton dio otro paso hacia ella y Corry, consciente del poder que tenía sobre él, levantó la cabeza y le ofreció los entreabiertos labios. Pero aquella vez se equivocó, ya que éste permaneció completamente inmóvil, mirándola fríamente, hasta que replicó:

—No voy a preguntarte más, Corry, Voy a limitarme a escuchar tu explicación.

Ella se removió inquieta en el sofá.

—Te he dicho todo cuanto sabía. Todo cuanto podía decirte, Ri...

La bofetada de él, que la alcanzó en el otro lado de la cara lanzándola contra el respaldo del sofá, la cortó en seco. De nuevo hecha un ovillo, Corry le miró fijamente.

—¡Sucio! —masculló entre dientes.

Templeton la abofeteó de nuevo, un par de veces, y replicó:

—Habla, Coralee. Habla, o voy a sacarte el pellejo a tiras.

Se acercó más y la prendió por el cuello, llevando una extraña luz en los ojos.

—Suéltame, Richard —dijo en un susurro—. Te lo diré.

Templeton la soltó y a continuación retrocedió un paso.

—Habla —dijo con voz ronca.

—Fui a buscar una cosa, pero no la encontré.

—¿Qué cosa?

Corry hizo una mueca.

—Eso lo sabes tú como yo, Richard.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura de que tú lo sacaste del bolso de Cherry.

—¿La conocías?

Corry hizo otra mueca.

—¿Y quién no, Richard? —replicó.

—Yo mismo era uno que no la conocía. Y volviendo a lo de antes, ¿cómo sabes que yo me llevé eso que tú buscas?

—Puedo darte muchas razones, Richard, pero sólo te diré una: has sido visto rondando ésa joyería durante muchos días.

—Seguro que sí. Ahora espero que me digas que yo maté al viejo St. Hume, ¿no?

—Te equivocas, Richard. Sé que tú no lo hiciste.

—Porque tú no trabajas así, querido. Me consta.

Templeton fue a preguntarle por qué estaba tan segura de ello, pero finalmente replicó con otra pregunta bien distinta:

—¿Quién te ayudó a destrozar el apartamento de Marga, Corry?

—¿Qué quieres decir, Richard?

—Contando que no fueras tú, alguien se entretuvo en destrozar todos los muebles buscando algo.

En el acto Templeton vio cómo una profunda arruga se marcaba en su frente. Acto seguido replicó:

—No lo comprendo, Richard. Confieso que me sentí satisfecha cuando te fuiste. Incluso orgullosa al darme cuenta de lo fácil que para mí había resultado engañarte. Por lo tanto, tan pronto como te fuiste empecé a registrarlo todo, pero no encontré nada. Y puedo afirmarte también que dejé todas las cosas en su sitio. El apartamento quedó como si nadie hubiera entrado en él, porque yo sé cómo hacerlo, ¿comprendes?

No, aquello no lo comprendía, pero se lo calló también y continuó preguntando:

—Dime, nena —dijo—. ¿No sería Lajos Tichey el que mandó registrar el apartamento haciéndote seguir por uno de sus gorilas?

Corry soltó un respingo y replicó:

—¡Estás loco, Richard! Tichey es sólo mi empresario y nada más.

—¿De veras, ricura? ¡Pues nadie lo diría! ¿Y sabes por qué? Porque estás enterada de muchas cosas. Tantas, que me hace sospechar si tú no habrás tenido parte en la muerte de Sí. Hume y de la rubia Cherry Morrison.

—¿Pero qué cuer...?

—Nada de cuernos, preciosa. O si no, ¿cómo explicas tu conocimiento de Marga López, y lo que ella había representado siempre para mí?

La súbita risa de Corry le interrumpió.

—Míster Tichey conoce a Joe Duncan, y Duncan es el dueño del club nocturno donde actúa Marga. En cierta ocasión en que yo me encontraba indispueta, Tichey se las ingenió para que Marga actuara un par de noches en el «Palas Club». Fue allí donde entablamos alguna amistad, y ella me habló de ti, del amor que te profesaba, y de lo desgraciada que se sentía, ya que tu oficio, Richard, es... Bueno; tú lo sabes tan bien como yo. ¿Cuál será tu próximo golpe?

El la miró con gesto socarrón y replicó en el mismo tono:

—Eso dependerá de ti, monina, ya que el próximo puedes recibirlo tú.

Corry no replicó, pero sus ojos chispeaban cómo los de una gata rabiosa.

—¿Qué sabes de un hombre llamado Carrigan? —añadió él.

Corry no vaciló en dar la respuesta:

—Son socios.

—¿Eso es lo que sabes de él?

Por primera vez, ella inició una tenue sonrisa. Acto seguido, replicó:

—También sé que es el hombre que robó el National Bank hace un año o un año y pico. El hombre que según noticias te delató a ti, y tú pagaste por ellos.

Pero Templeton tenía sobrados motivos para saber que aquello último no respondía a la más estricta verdad, intentó rodearla.

—Carrigan dijo que la Policía acabó con su banda y que el botín se perdió. En fin, que los quinientos mil dólares se recuperaron.

Corry sonrió levemente.

De nuevo cabalgó una de sus desnudas y magníficas piernas sobre la otra y una vez más. Templeton respiró con dificultad.

—Sí, por lo menos eso es lo que dicen, ¿no?

Después de sus palabras, a las que ella no replicó, Templeton guardó unos segundos de silencio, pensando. En Marga López, en ella, en Lajos Tichey y en otras cuantas cosas más. Después mirándola a los ojos, añadió:

—Dime, ¿por qué buscabas eso que Cherry llevaba en el bolso?

Ella continuó callada unos cuantos segundos más. Y cuando replicó, lo hizo con una pregunta:

—De modo que lo tienes tú, ¿no?

Templeton sonrió torcidamente.

—Efectivamente, lo tengo yo, preciosa —afirmó. ¿Por qué? ¿Es que piensas asesinarme también para recuperarlo?

Antes de que ella replicara, un extraño y pesado silencio se extendió entre los dos. Un silencio que ahora no duró segundos, sino minutos. Finalmente fue Cherry la que la rompió:

—¿Cuánto quieres por ese...?

—Nada, Coralee. No sé por qué, pero me parece que eso, en mis manos, es la salvaguarda de lo que yo pueda hacer de ahora en adelante, ¿no?

Ella frunció el ceño.

—Sí, posiblemente. Pero... Oye. Richard; soy rica, ¿sabes? Lo soy a pesar de exhibirme a los ojos de los hombres en el «Palas Club». Puedo darte lo que me pidas. Incluso yo misma, y a pesar de Marga López. Dámelo y te convertiré en el hombre más rico y más feliz de los Estados Unidos.

Permaneció mirándola fijamente y después se echó contra el respaldo del sillón, sonrió, y acto seguido replicó fríamente:

—Eres una mujer muy hermosa, Corry. Tanto o más que Marga. Una mujer por la cual cualquier hombre perdería la cabeza como yo la perdí no hace mucho. Como la volveré a perder si tú te lo propones. Pero ¿para qué lo quieres? ¿Quién te paga?

Corry ya no avanzó más. Sabía que en aquel momento, hiciera lo que hiciera delante de él, Templeton permanecería completamente impassible ante sus innegables encantos. Ante sus caricias y besos.

Por eso se limitó a decir con gesto evasivo:

—Te sorprendías si te lo dijera, Richard.

Templeton se puso en pie.

—Tal vez lleguemos a un acuerdo, ricura —dijo. Volveré a verte dentro de unas horas. Tal vez este mediodía. Entre tanto, si te interesa, puedes ponerte al habla con el que te paga y decirle que quiero hablar directamente con él.

—¿Por qué eso si yo misma puedo llevar a buen término las negociaciones, Richard?

—Eso es cuenta mía, nena —sonrió yendo a la puerta del «*living*»—. Quiero eso, y también a ti, si me comprendes.

Corry no replicó. Fue detrás de él, y cuando Templeton ponía la mano en el tirador de la misma, lo hizo.

—No me paga nadie, Richard. Por tanto, hablaremos tú y yo, en el momento en que lo desees.

—Procuraré verte dentro de unas horas —repitió—. ¿Dónde?

Ella avanzó unos pasos y le prendió por las solapas de la americana, acercándose tanto a él que Templeton notó el calor de su vibrante, prieto y jugoso cuerpo.

Le ofreció los labios. Templeton, entrecerró los ojos y la abarcó por la cintura. Durante más de dos largos minutos, ambos permanecieron estrechamente unidos.

Cuando se separaron, Templeton vio la agitación de sus senos y el brillo peligroso de sus ojos. Por unos instantes vaciló ante la invitación que había en ellos, pero después giró en redondo y se alejó.

Ya en la calle sus pensamientos fueron a Marga. Marga, que se había despedido de él sin querer decirle dónde se iba a alojar. ¿Por qué?

Por lo que le había dicho. ¿Era ésa la verdadera razón o había algo

más?

Pensó en el teniente O'Connor a medida que avanzaba con los ojos fijos en le casi nulo tráfico de la calle, buscando un taxi que le llevara a su apartamento, sabiendo que unas pocas horas de descanso no le vendrían mal.

Pensando también en Tichey y en Carrigan. Y en la hermosa mujer muerta. Una muchacha que había pertenecido al CIA hasta que la mataron. Recordando al viejo joyero St. Hume, cuya joyería fue a atracar obedeciendo las órdenes de Tichey.

Ahora, tanto éste como Carrigan, intentarían eliminarle por todos los medios.

Tichey, porque él significaba un peligro, si es que verdaderamente no se equivocaba al sospechar de él como del hombre que movía los hilos de aquel extraño tinglado. Carrigan porque era su socio.

Ambos, sin contar a Coralee, sabían que tenía aquello que buscaban, y tanto los unos como la otra no estarían dispuestos a pagar lo que pedía. Incluso Coralee no lo haría a pesar de las palabras que le había dicho.

Coralee, una muchacha hermosa donde las hubiera, capaz de llegar a todos los extremos precisos para conseguir lo que se había propuesto.

Ni siquiera había insistido en saber la identidad del hombre que la pagó para que registrara el apartamento de Cherry y el de Marga López. ¿Era ella la que había asesinado a St Hume y a Cherry?

Todo parecía indicarlo así, aunque un asesinato más o menos no le importaría por el momento. Ni el asesinato ni la identidad del asesino. Lo único que Templeton deseaba era saber con certeza quién era la persona que buscaba lo que él tenía. La identidad del hombre o mujer que manejaba todo aquel tinglado.

Cierto que había podido forzarla a decir poco más o menos de lo que le había dicho, pero cierto también que ella podía desconocer la identidad del hombre que la pagaba.

Era ilógico, según sus propios pensamientos. Templeton conocía más de un caso que había resultado así. Su amistad, su vida entre las gentes del hampa desde hacía un par de años, le hacían conocedor de mil una historias, y todas ellas ciertas.

Un millón de dólares. Un buen bocado. Puede que Tichey lo diera o puede que le pagara con una bala si es que verdaderamente tenía que ver algo con aquello.

Frente a la puerta donde tenía su apartamento recordó a Carrigan y sonrió levemente. Acto seguido consultó el reloj.

Era una buena hora para irse a dormir. Después, por la mañana, localizaría a Marga. Si no lo conseguía iría por la noche a verla actuar, pero una vez hubiera visto a Carrigan.

Pero no hacía falta. Templeton lo supo apenas entró en el apartamento,

ya que, Marga estaba allí, y no sola.

Desde la puerta vio la luz filtrándose bajo la que daba acceso al «*living*» y avanzó en aquella dirección. La abrió.

Marga se puso en pie, pero no dijo nada. El saludo partió de la boca del teniente O'Connor:

—Llevo esperándole mucho rato, Templeton —dijo—. Ya no creía que volvería.

Sin replicar, mirando a Marga, a las maletas que ésta tenía en el suelo, como si hubiera decidido quedarse allí para siempre. Templeton avanzó unos pasos. Se detuvo muy cerca de O'Connor y también, sin mirarle, preguntó:

—¿Por qué creyó que no volvería más a mi apartamento, teniente?

—Creía que sospecharía que venía a detenerle.

Templeton arqueó una ceja y sin que ella recobrara su primitiva posición, replicó:

—¿Acaso es así?

—Cierto. Por tanto, le ruego que no se resista, ya que voy a llevármelo ahora mismo.

Sin perder la calma glacial de su semblante, Templeton preguntó una vez más:

—¿Acusado de qué, teniente?

—De un asesinato. Del asesinato de Cherry Morrison, agente del CIA. Eso por ahora. Luego, ya veré si puedo cargarle con el de ese joyero.

Sin alterarse en lo más mínimo, Templeton replicó:

—¿Ha bebido mucho antes de venir aquí, teniente? ¿O tal vez miró demasiado las piernas de Marga y por eso perdió el control?

Marga enrojeció un tanto y luego soltó una exclamación. Fue a decir algo más, pero O'Connor se adelantó a su deseo.

—Será mejor que me dé el arma, Templeton —dijo—. Le estoy apuntando a usted.

La cabeza de Templeton empezó a trabajar a marchas forzadas.

—¿Tiene pruebas de lo que dice, teniente? Si no es...

—¡Las tengo, Templeton! Sus huellas digitales aparecieron en el apartamento de la chica. ¿Le dice a usted eso algo?

Alargó la mano.

—Vamos, deme esa pistola.

Fue lo último que dijo en más de media hora. Y no por su voluntad, sino porque se vio forzado a ello. Y aún mucho después, Templeton no supo decirse cuáles fueron los motivos que le impulsaron a hacer lo que hizo.

Frente a sus ojos vio aquel brazo extendido, los brillantes ojos del teniente, la mano de éste metida en el bolsillo de la americana, y desde el cual le estaba apuntando, su sonrisa socarrona. Y entonces saltó alargando

su brazo.

Unos segundos después, O'Connor salió despedido por encima de su cabeza y vino a estrellarse contra la pared opuesta.

Se deslizó suavemente por ella hasta quedar sentado en el entarimado del «*living*», mientras Marga lanzaba un tenue grito, y ya no se movió.

Templeton le lanzó una rápida mirada y luego la enfrentó:

—Ahora me voy, preciosa —dijo—. Espero que nos veamos pronto.

—¡Oh, Richard! ¡Te estaré esperando!

Pero Templeton ya no la escuchaba. Había girado hacia la puerta y avanzaba hacia ella sin volver la vista atrás.

Marga le alcanzó en el oscuro pasillo, prendiéndole de un brazo. Tiró de él, y cuando Templeton se volvió, ella le enlazó los brazos al cuello.

—Richard, cariño...

Ambos permanecieron estrechamente unidos durante mucho tiempo, hasta que al fin Marga se separó de él casi sin respiración. Y su voz sonó ronca cuando dijo:

—Vete ahora, querido. Pero telefonéame pronto. Te necesito, ¿comprendes? Por tanto, estaré esperando tu llamada.

Templeton no replicó hasta que estuvo en la puerta que daba acceso a la escalera.

—Lo haré tan pronto pueda. Entre tanto, puedes quedarte aquí hasta que esto se arregle.

—He venido para quedarme, Richard —susurro ella—. Anda, vete ahora.

Sin replicar, sin volver la cabeza, Templeton alcanzó el pasillo y avanzó hacia la escalera.

Sobre la acera miró en torno preguntándose dónde podría ir a aquella hora. Estaba seguro de que el teniente O'Connor no tardaría en despertar de su forzado sueño. Tenía que darse prisa, ya que la caza a través de todo Nueva York no tardaría en empezar.

¿Dónde ir? Esta pregunta le martilleaba el cerebro mientras caminaba sin rumbo por el momento, pero sin atreverse a tomar un taxi sabiendo que aquello para él podía representar un peligro para el futuro.

Súbitamente recordó a Coralee con sus caricias y besos de fuego. Y aquello también le recordó a Marga. Pero Marga estaba ahora al lado del teniente O'Connor, y por otra parte, tampoco sabía cuándo la volvería a ver, si es que la veía de nuevo alguna vez.

Consultó el reloj. Las cinco y treinta de la mañana. Empezaba a clarear cuando tomó un «subway» pensando en Coralee, en el difunto Sí. Hume, en su asesino y, en fin, en todos los comparsas que se movían en torno a aquello.

Recordó el puente de Brooklyn cuando sacó el billete que debía de conducirlo hacia el apartamento de Corry.

Ella misma le abrió la puerta llevando como única prenda un maravilloso salto de cama color salmón.

No mostró sorpresa alguna al verle. Simplemente se apartó de la puerta sonriendo mientras decía:

—Confieso que no te esperaba tan pronto, Richard. Anda, pasa y no quedes ahí.

Cerró detrás de él, y luego, sin que mediara ninguna palabra entre ellos, ambos cayeron el uno en brazos del otro. Después brotó una pregunta en la oscuridad del pasillo mientras ella le arrastraba hacia el interior del apartamento:

—¿Qué ha ocurrido, Richard?

Pero Templeton no pudo contestar, ya que la propia Corry se encargó de ello, y, por tanto, él prefirió dejarse llevar.

EL desayuno está listo, querido.

Eran las nueve y media de la mañana cuando Corry abandonó los brazos de Templeton, y las diez y quince cuando le pasó el aviso mientras él se duchaba.

Ambos desayunaron en el más completo silencio, hasta que Corry lo rompió con una pregunta, cuando ya lo estaba terminando:

—¿Qué piensas hacer, Richard?

Templeton la miró de frente. Los ojos rasgados y grandes de Corry chispeaban con una luz nueva, que ni él mismo había visto nunca en los de Marga. Y se sorprendió a sí mismo cuando este pensamiento le vino a la mente.

Continuó mirándola.

Corry sonreía. Sus ojos, su boca, toda ella. Sin dejar de mirarla, replicó:

—No lo sé, Corry; pero tengo que salir de aquí como sea.

—¿Por qué? Ahora estás en tu casa. Por tanto, puedes quedarte aquí hasta que lo desees.

Templeton hizo una mueca y luego formuló una pregunta que ella no esperaba en modo alguno:

—¿Por qué, Coralee?

—¡Richard! ¿Y eres tú el que lo preguntas? —hizo una pausa y añadió en vista del silencio de él—. No salgas en todo el día, querido. Es mejor que esperes a que yo te diga lo que hay por fuera.

Templeton vaciló unos segundos y acto seguido preguntó:

—¿Vas a ayudarme, muchacha?

—Aún no lo sé —fue la desconcertante respuesta de ella—. Por lo pronto voy a traerte todos los periódicos que pueda. Después hablaremos tú y yo —sonrió enrojeciendo un poco y añadió—: Hasta ahora, sólo nos hemos hecho el amor.

—¿Qué mejor que esto, monina?

—Nada, Richard. Ésa es la verdad. Pero no volverá a ocurrir hasta que tú y yo nos pongamos de acuerdo. ¿Alguna otra cosa, querido?

Templeton podía dar un sinfín de respuestas, pero no lo hizo. Simplemente se limitó a replicar:

—Sea lo que quieras, muchacha.

Ya no hablaron hasta que Corry se levantó de la mesa diciendo:

—Voy a arreglarme un poco, querido. Entre tanto, lo mejor que puedes hacer es descansar. Pero descansar hasta que yo vuelva.

Templeton no replicó. La miraba. Comprendía el deseo de ella de arreglarse un poco.

Todavía llevaba puesto el salto de cama, ahora completamente

arrugado, y su maravilloso pelo color caoba era una completa maraña.

Cuando quedó solo pensó en Marga. Marga y Coralee Stivens. Dos hermosas mujeres, y las dos, por un motivo diferente, le habían ayudado en los aprietos, con su presencia inestimable con sus besos y caricias. Con su todo.

Sonrió al recordarlo, pero, cosa extraña, en su sonrisa no había alegría.

En contraste, los rojos y sensuales labios de Coralee continuaban sonriéndole en una incontenible promesa cuando media hora más tarde, ya vestida de calle, le enfrentó.

Fue Templeton el que habló primero de los dos:

—¿Tardarás mucho? —preguntó.

—Volveré antes de la noche, querido. No olvides que tengo que actuar en el club.

—Confieso que el «Palas» es bastante caro, pero merece la pena ir solo por ver mujeres como tú y tus piernas, Corry.

—¡Pero, Richard! —exclamó ella sin perder la sonrisa—. ¡Sí que te lo tenías callado! —consultó el reloj y añadió—: Bueno, querido, me voy.

Templeton la acompañó a la puerta, y allí Coralee le echó los brazos al cuello para besarle. Después, él la cerró y acto seguido se encaminó al lavabo.

Una vez aseado regreso al «living», allí examinó la automática y empezó a pensar.

Finalmente, y después de darle vueltas y más vueltas a sus ideas, se dijo que lo primero que tenía que hacer tan pronto como Corry regresara, era averiguar si la joyería de St. Hume estaba abierta al público.

Tenía que arriesgarse a pesar de la Policía. Ir allí e interrogar al dependiente. Puede que investigando las amistades del joyero averiguara también algo interesante.

Tichey y Carrigan podían esperar unas cuantas horas más, pero muy pocas. Fuera lo que fuese...

Sin dejar de pensar, Templeton se recostó contra el respaldo del sillón y cerró los ojos. Casi al instante se quedó dormido, pero su sueño fue desasosegado y lleno de pesadillas.

Horas más tarde le despertó el suave girar de la llave en la cerradura y se puso en pie de un salto. Corry le encontró en el centro del «living», y ya no hablaron más hasta que ella se separó de sus brazos con sus altivos y orgullosos senos estremecidos violentamente a falta de respiración.

Entonces le tendió un par de periódicos, diciendo:

—Viene en primera plana, querido. Por tanto, creo que será mejor que no salgas de este apartamento en unos días. Aquí nadie vendrá a buscarte.

Por toda respuesta, Templeton se dejó caer en un sillón y abrió uno de los periódicos. Corry no le había engañado.

Allí estaba su fotografía y una crónica diciendo que un antiguo

presidiario había asesinado a una mujer llamada Cherry Morrison, para robarle unos documentos que ella llevaba.

No mencionaba de qué documentos se trataba ni tampoco la conexión que todo aquélla pudiera tener con el joyero St. Hume, pero sí decían todo lo ocurrido entre el teniente O'Connor y él, en presencia de su amiga, la bailarina y cantante Marga López, de origen hispano mejicano.

Sonrió sin ganas mientras terminaba de leer el artículo con una detallada descripción de él mismo, pero esto no le preocupaba ni poco ni mucho, después de ver su fotografía en primera página.

Levantó los ojos del papel y los clavó en los anhelantes de la muchacha.

—¿Crees que lo hice yo, Corry? —preguntó.

—Mi respuesta ya te la di en cierta ocasión, Richard.

—Y tú, Corry, ¿acaso...?

—También te respondí a eso, y con la verdad.

—Entonces, ¿qué interés tienes en ese microfilm, preciosa?

Ella le dedicó una de sus mejores sonrisas y consultó su reloj.

—Debo irme, Richard —dijo suavemente—. Cuando regrese esta madrugada puede que te diga algo que ignoras. Pero también quiero que me prometas, si logro convencerte con mi historia, que me entregues a mí ese microfilm.

—¿Y tirar por la ventana un montón de dólares? ¡Tú estás loca, monina!

—¡Richard!

—¡Diablos, preciosa! ¿Acaso me crees tonto?

Corry le miró fijamente, giró en redondo y no se volvió hasta alcanzar el tirador de la puerta.

—Me das lástima, Richard —dijo suavemente.

Templeton lanzó una maldición, pero ella ya no se encontraba en el interior del «*living*».

En pie, donde había quedado, Templeton permaneció completamente inmóvil hasta que oyó cómo Corry cerraba la puerta del apartamento. Entonces consultó el reloj. Las siete de la tarde.

Salió a la calle, dejando la trinchera en el apartamento, pensando que ésta también constaba en la descripción que daba el periódico.

Desde el portal, con la automática en la funda de la axila, miró a ambos lados de la misma, pensando en que Corry llevaba razón cuando le dijo que la Policía no sospecharía que ella, bailarina y cantante del «Palas», le tenía en su propio apartamento.

Una vez más usó el «subway», que abandonó una cuadra antes de llegar a la joyería de St. Hume.

Pegado a las fachadas de hormigón, con el cuello de la chaqueta levantado y el sombrero sobre los ojos, Templeton se fue acercando. Pero en contra de sus sospechas, la joyería no estaba vigilada por la Policía.

Se acercó a uno de los dependientes. Durante más de tres minutos estuvo frente a éste, al parecer ensimismado en la contemplación del mismo, pero en realidad, mirando el interior de la tienda, vacía completamente a aquella hora del anochecer.

Templeton se decidió a entrar.

Detrás de los tres largos mostradores no había nadie. Por lo visto, el personal dependiente estaba dentro de la trastienda.

Avanzó hacia el mostrador que tenía frente a él, y a los tres pasos supo que no se había equivocado. Parpadeó un tanto asombrado y acto seguido compuso el gesto y avanzó hasta apoyarse contra el marco de la puerta mientras que unos ojos cargados de recelo le miraban fijamente.

La mujer era pelirroja.

Más que una mujer, a pesar de sus formas detonantes, de su provocativa y audaz carrocería, era una muchacha. Una deliciosa muchachita de no más de diecinueve años.

—Buenas tardes —saludó Templeton—. ¿Ha acabado con la venta de hoy?

El recelo de aquellos hermosos ojos se acentuó aún más. Acto seguido ella replicó:

—Sí. Ya es tarde. Pero si desea...

Templeton la atajó con un gesto y luego sonrió.

—No, no deseo comprar nada. Simplemente deseo hablar con usted. ¿Puedo hacerlo?

—¿Conmigo? ¿Por qué?

Templeton no vaciló.

—Policía, querida —dijo.

Ella arqueó una de sus bonitas cejas.

—Creí que ya me lo habían preguntado todo, agente. ¿O tal vez inspector?

Templeton sonrió nuevamente.

—Inspector O'Hara, monada —declaró con la misma frialdad anterior—. Podemos pasar dentro, ¿no?

Ella le miró atentamente durante unos cuantos segundos y replicó:

—Si me permite, míster O'Hara, cerraré la puerta...

Templeton asintió con un cabezazo y luego la ayudó a hacerlo. Al terminar, fue ella la que habló primero:

—Pase conmigo, ¿quiere?

Templeton fue detrás, admirando cada una de sus provocativas curvas, comparándolas mentalmente con las de Marga y Coralee. Aquella pelirroja las ganaba a las dos.

Justamente se hacía esta observación cuando la muchacha se volvió para mirarle, y apenas si lo hubo hecho, Templeton se encontró con el cañón de una pequeña automática que le apuntaba al centro del pecho.

—¿Qué significa esto, pelirroja? —preguntó.

Ella sonrió levemente, pero su sonrisa no gustó a Templeton. Fue a añadir algo, pero la muchacha se le adelantó.

—Simplemente quiero que se siente allí, míster Templeton —dijo secamente—. Y tenga cuidado, porque no voy a dejarme sorprender por un tipo como usted, asesino y ladrón. ¡Siéntese!

—Escuche, nena...

—Siéntese, Templeton, y no me obligue a disparar. Y lo haré, puede estar seguro de ello.

Lo hizo en uno de los sillones, y desde allí la miró, calculando toda clase de posibilidades, y no vio ninguna. Los ojos azules de ella se lo estaban diciendo.

—Bien... —sonrió—. ¿Quiere decirme quién es usted?

—¿Y por qué no? Me llamo Della St. Hume. Supongo que se dará cuenta de quién soy, ¿no?

Templeton no replicó de momento.

Bella St. Hume. La hija del joyero asesinado. Una mujer de una belleza provocativa y audaz. Y muy joven. Pero a pesar de su juventud, la mano con que sostenía la automática no temblaba.

Templeton pensó en todo esto mientras ella empezaba a retroceder hacia la mesita adosada a un rincón de la estancia y en cuyo centro descansaba un blanco teléfono de mesa.

Sin quitarle la vista de encima, levantó el auricular y él pensó que tendría que hacerlo, aunque no fuera para más que unos cuantos segundos, para discar. Y no obstante, dijo, interrumpiéndola:

—¿Va a llamar a la Policía, *miss* St. Hume?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Y cometerá un error, muchacha.

—¿Por qué? ¿Acaso no es usted Richard Templeton, atracador y asesino?

—¿Me creería si le dijera que no?

Ella rió tenuemente, pero su risa fue forzada.

—No, no le creería, Templeton —rodeó la mesita y se detuvo cuando le tuvo de frente. Entonces agregó—: Le ruego que no se mueva. Si lo hace dispararé, y puede creerme cuando le digo que no lo voy a sentir en modo alguno.

Mirándola a los ojos, Templeton supo que lo haría, que estaba decidida a ello, y a pesar de todo la disculpó.

Cuando las manos nacaradas, se posaban en el disco giratorio del teléfono, y entonces intervino de nuevo:

—¿Por qué no me escucha antes, *miss* St. Hume?

Della levantó levemente una de sus finas y arqueadas cejas.

—¿Ya no niega que es Templeton?

—¿Serviría de algo?

—No, no serviría de nada.

—Entonces, ¿por qué no me escucha antes de llamar a la Policía?

Ella se encogió levemente de hombros.

—No sé lo que quiere, pero le escucharé. ¿A qué ha venido aquí?

—Ya se lo he dicho, *miss St. Hume*. A hablar con usted.

—¿De qué?

La pregunta sonó a los oídos de Templeton con la misma fuerza que un disparo.

—De su padre.

—¿De mi padre...? Usted le mató, bas...

—Eso aún no se ha probado ni se probará, *miss St. Hume*. ¿Por qué no deja de hacer la tonta y hablamos claro de una vez?

—¿Qué quiere saber de mi padre?

Templeton vaciló unos segundos. Deseaba formular una pregunta, pero sabía que por el momento era mejor guardársela para él.

—Muy poco, *miss St. Hume* —replicó—. Simplemente si tenía muchos amigos. Si había alguno que fuera bastante íntimo de él.

Delia frunció su bonito ceño.

—¿Para qué quiere saber eso, Templeton?

—Estoy buscando a un asesino. Es bastante, ¿no?

La risa de ella le interrumpió. Luego replicó llena de ironía:

—¿Usted buscando a un asesino, Templeton? ¿Espera que le haga caso? ¿Qué cuento intenta endosarme para que yo no...?

—No hay cuento ninguno —interrumpió Templeton—. Le estoy diciendo la verdad. Alguien mató a su padre y después a una rubia llamada Cherry Morrison porque llevaba en su bolso algo que sacó de ésta joyería. Ahora la Policía cree que yo maté a la chica, pero no es verdad. ¿Por qué no puede creerme? Escuche: sé que la Policía me sigue los pasos, que a estas horas, para mí, están cortadas todas las salidas de Nueva York. Por tanto, caeré más tarde o más temprano. ¿Por qué no me concede un margen de confianza y me lo cuenta todo? Estoy luchando contra el reloj y me queda muy poco tiempo para lograr averiguar quién es el responsable de todas estas muertes. Dígame, ¿quiénes eran los amigos de su padre? ¿Tenía algunos? ¿Alguno íntimo?

No le creía.

Templeton lo supo mucho antes de terminar de hablar. Por eso no le sorprendieron las palabras de Della, en respuesta a su larga parrafada.

—Es usted un buen comediante, Templeton.

—Eso quiere decir que no me creé, ¿verdad?

—Exactamente. Por tanto voy a llamar a la Policía. Pero antes, y para su tranquilidad personal, le diré que mi padre no tenía amigos. El era negociante y nada más.

Delia mantenía todavía el dedo sobre el círculo numerado del teléfono y el auricular levantado, cerca del oído. Empezó a discar tratando de controlarle al mismo tiempo. Templeton contuvo la respiración con los ojos fijos en la automática y luego, cuando acabó de marcar un par de números, saltó.

Instintivamente, Delia apretó el disparador y la bala maulló sordamente sobre la cabeza de Templeton cuando éste ya estaba cerrando sus poderosos brazos en torno a las maravillosas piernas de ella.

Mientras rodaba estrechamente abrazada a Templeton, Della perdió la automática. Luego, jadeando los dos, lucharon denodadamente durante varios minutos, hasta que ella quedó quieta en sus manos.

Sujetándola aún, Templeton la miró fijamente, notando cómo su hermoso y juvenil cuerpo se estremecía.

—¿Va a matarme también?

Templeton la soltó y acto seguido recogió la automática.

—Siéntese allí, ¿quiere?

Sumisamente, con los ojos llenos de terror, la pelirroja retrocedió hasta el sillón que Templeton le señalaba. Se sentó cabalgando descuidadamente una pierna sobre la otra y se retrepó contra el respaldo del mismo. Cerró los ojos y así la sorprendieron las palabras de él.

—Quiero que me diga la clase de amigos que tenía su padre, monina.

Della abrió los ojos y le miró.

—¿No va a matar...?

La risa de Templeton la interrumpió. Luego llegaron sus palabras:

—No sea tonta, preciosa. En mi vida he matado a nadie..., que no fuera mucho peor que yo —hizo una pausa y acto seguido preguntó—: ¿Qué sabe de un hombre llamado Lajos Tichey?

Della abrió mucho los ojos, vaciló unos segundos y a continuación replicó:

—Lo que todo el mundo, Templeton. Que es dueño de un club nocturno donde van las mujeres más elegantes de Nueva York. Eso es todo.

—Apuesto a que usted también ha frecuentado el «Palas», ¿no?

—¿Y qué muchacha no lo haría?

—¿Tenía su padre amistad con Tichey?

—No, que yo sepa. Pero ¿qué tiene que ver el dueño de ese club...?

—Eso es lo que estoy tratando de averi...

El resto de la frase de Templeton se perdió en el aire cuando hasta ellos llegó el aullido de las sirenas de la Policía. Templeton se puso en pie.

—Ya consiguió lo que se proponía —dijo secamente—. Ahí llega la Policía —la prendió por el brazo, apuntándola con la pistola y añadió—: ¿Dónde está la puerta trasera? ¡Pronto o te abraso, querida!

Tiró de ella.

Della le miró a los ojos y temblorosa, llena de horror, susurró con un

hilo de voz:

—No dispere, Templeton. Venga conmigo y se la enseñaré.

Había una puerta al otro extremo de la estancia y ambos desaparecieron por ella.

Así, siempre llevándole detrás, Della alcanzó la puerta que daba a la calle trasera y la abrió.

—Ahí tiene la salida, Templeton —dijo secamente...

Pero toda la sequedad de su voz desapareció cuando éste la tomó por el brazo mientras guardaba la automática en el bolsillo.

—Vas a venir conmigo, nena. Necesito unas horas, ¿sabes?, y no puedo dejarte detrás de mi sabiendo que hablarás en seguida con la Policía. No es que me importe mucho, pero eso me lo estropearía todo.

Ella intentó protestar, pero Templeton la atajó en seco:

—Será mejor que vengas viva por tu voluntad, que no quedes aquí muerta. ¿Vamos?

Se acercó más y Della notó en su cuerpo la dureza del cañón del arma.

Se estremeció de nuevo y le siguió.

Muy pronto, como una pareja de enamorados, ambos se encaminaron al «subway».

Sin apartarse de ella ni una sola pulgada, Templeton sacó los dos billetes y tres minutos más tarde, siempre el uno al lado del otro, viajaban hacia el Bronx.

Lo abandonaron en el centro del mismo, mientras ella se sentía más asustada a medida que avanzaba la noche. A medida que observaba a su raptor, cuyo hermético y frío semblante nada le decía. Finalmente, sin poderse contener, preguntó:

—¿Qué va a hacer conmigo? ¿Dónde me lleva?

Templeton se detuvo en seco, prendiéndola por un brazo.

—Si fuera un asesino —masculló—, le replicaría que a matarla en cualquier lugar solitario.

Miró alrededor mientras ella callaba, observándole con sus magníficos ojos llenos de una mezcla de estupor y miedo, y luego añadió:

—Pero no lo soy. Por tanto, esta oscura y estrecha calle va a servirme, Della, y crea que voy a sentir lo que voy a hacer. ¿Quiere acercarse a esa pared?

Al instante, los ojos de ella reflejaron el más vivo terror. Pero Templeton intentó tranquilizarla.

—No voy a matarte, ricura —dijo, tuteándola de nuevo—. Sólo quiero que permanezcas cara a la pared durante unos cuantos minutos. Pero entiéndelo bien, monina, si te vuelves antes de tiempo, no tendré más remedio que darte un buen golpe.

Lentamente, como si le costara un inmenso esfuerzo hacerlo, aterrorizada, pensando en que él la mataría tan pronto como llegara a la

pared, Della giró en redondo y caminó hacia ella.

Luego se detuvo conteniendo la respiración, aguzando el oído, esperando oír los pasos de Templeton cuando éste se alejara, y enormemente angustiada, esperando al mismo tiempo el balazo que terminaría con su vida. Un balazo que no llegó, como tampoco llegaron a sus oídos los pasos de Templeton.

Della permaneció cara a la pared durante bastante tiempo, temblando, completamente asustada, hasta que se decidió.

Entonces empezó a volverse. Cuando lo hizo del todo, miró a ambos lados de la mal iluminada calleja, pero de Templeton no había ni rastro.

Aún así, Della se mantuvo completamente inmóvil durante más de tres largos minutos y luego corrió rápidamente buscando una calle mucho mejor que aquella.

Buscando un teléfono, sin saber que Templeton se encaminaba en aquel entonces hacia la central de telégrafos.

Templeton abandonó el «buss» en la calle 52 y desde allí, en el «subway», hasta cerca de la Quinta Avenida.

Avanzó por la ancha acera, sin apresurarse, confundiéndose con el numeroso público que casi la abarrotaba, y media hora más tarde entró en un «snack» bar.

En la barra pidió un bocadillo, luego penetró en la cabina telefónica y discó un número. Pero no llamó a su apartamento, sabiendo que la Policía podía haber intervenido el teléfono.

Lo hizo directamente al «Canario Azul», sabiendo que Marga estaría allí, en su camerino, dispuesta a salir una vez más a la pista, para mostrar al público sus piernas de ensueño. Su todo.

Unos segundos después oyó la voz de una mujer. Sabiendo que era la encargada de la centralita del club. Templeton pidió comunicación con Marga.

—¿De parte de quién?

—De un amigo. Dígame que la llama la persona que ella espera.

Pasaron tres minutos antes de que la voz de Marga sonara al otro lado del hilo:

—Eres tú, ¿no? ¿Cómo estás? ¡Oh...! Yo...

Templeton la interrumpió:

—Estoy bien, querida. He encontrado un sitio ideal para esconderme hasta que se pase un poco esta polvareda.

—No sabes cuánto me alegro. Oye, ¿podré ir a verte?

Templeton vaciló unos segundos antes de dar la respuesta.

—No creo que a tu amiga Coralee Stivens le agrade tu visita, por lo menos en estos momentos, preciosa.

Al otro lado de la línea se oyó algo así como si ella aspirara y expeliere el aire con fuerza, por lo que Templeton temió por la escasa tela con que

se cubría el seno. Pero no lo dijo. Marga no le dio tiempo a ello, ya que súbitamente empezó a hablar:

—Creo que voy a arañar a esa gata, querido.

—¿Por qué?

Pero Marga no contestó a la pregunta, sino que se limitó a hacer otra:

—¿Cuándo podremos vernos?

—Tan pronto como mi apartamento esté libre de curiosos, Marga.

Ella cayó durante unos seguidos y luego preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

Templeton soltó una risita nada agradable.

—Tengo trabajo para esta noche, monada. Y no te preocupes, que no es nada importante.

—¿Llamas nada importante a enfrentarte con Carrigan? ¿O tal vez es Tichey?

La sonrisa de Templeton era en extremo sucia cuando replicó:

—Tal vez tenga que verles a los dos, monada.

—Pero...

—Por favor, Marga —atajó él—. Escúchame un momento: Necesitó verles esta misma noche, ¿sabes? Si te he telefoneado es para preguntarte cómo saliste del paso.

Ella le entendió perfectamente y soltó una tenue y alegre risita.

—¡Bah! —exclamó después—. Se comportaron bien, a pesar de que me hicieron un sinfín de preguntas.

—De acuerdo, muchacha, te telefonearé tan pronto pueda.

—¿Al apartamento? No. Será mejor que telefonee yo, querido. Si quieres, esta misma noche cuando salga de aquí.

—¿Por qué esta noche, Marga?

—¡Oh! No podría dormir tranquila sabiendo que puede ocurrirte algo. De veras, ¿por qué no entregas eso y...?

Templeton colgó no deseando oír de nuevo aquella petición en boca de Marga.

De nuevo en la barra, empezó a comer el bocadillo que había pedido. Después de consumirlo bebió lentamente la cerveza y acto seguido pagó la consumición.

Giraba hacia la puerta cuando el estridente sonido de las sirenas de la Policía le sobresaltó.

Luego avanzó decididamente hacia la calle, deseando fervientemente alcanzarla antes de que el teniente O'Connor llegara al «*snack bar*». Lo consiguió, pensando en Marga, pero Marga no podía tener la culpa de ello. Ahora que lo pensaba bien, O'Connor también había intervenido el teléfono del «Canario Azul».

Pero ¿por qué no intervenía el FBI en vez de hacerlo la Metropolitana?

De pronto interrumpió sus pensamientos al ver el largo «Mercury» de la

Policía doblar sobre dos ruedas la próxima esquina y detenerse frente a la puerta del «snack bar» con un espeluznante chirrido de frenos y aullido de cubiertas sobre el asfalto.

Templeton se pegó a la pared mientras empezaba a hacerse multitud de preguntas. Pensaba en Della, en Marga, en Cherry y en Coralee.

Una diosa hecha mujer.

Con todo lo que una diosa puede tener.

Pero ¿qué interés podía tener ella por aquel microfilm? ¿Por qué mataron a St. Hume?

Pensó en el atraco al Central Bank. Un atraco en el que él había intervenido, fracasando con lo que se había propuesto.

Siempre pegado al portal, sin dejar de pensar ni un solo segundo, Templeton vio salir del coche a O'Connor y se dijo que aquel teniente estaba loco o poco le faltaba, ya que era innecesario que se arriesgara sólo en ir en su busca.

¿Qué quería? ¿Un nuevo ascenso?

Debería ser así, pero Templeton se dijo que sencillamente que nunca lo conseguiría por aquel camino.

Finalmente le vio entrar en el bar y se despegó del portal. Luego se deslizó materialmente a lo largo de la fachada hasta que alcanzó la calle transversal.

Avanzó por ella orientándose hacia la guarida de Tichey y Carrigan, pensando por contraste en Coralee. ¿A qué ese interés? ¿Por qué se había comportado con él de aquel modo? La había seducido, sí, pero...

Templeton también sabía el por qué del comportamiento de ella. Corry se lo había dicho. Sus caricias y besos sólo obedecían a un plan. A que él, cegado, seducido por ella, terminara entregándole el microfilm.

Sonrió.

Lo hizo y continuó pensando. Por unos seguidos, Templeton tuvo la solución al alcance de la mano, pero no se dio cuenta de ello.

Por tanto, siempre confundiéndose entre los peatones, que cada vez eran más escasos, alcanzó la Quinta Avenida, y sin prisa alguna, sabiendo que aún tendría que esperar bastante tiempo hasta el cierre del local, avanzó hacia el «Palas Club».

Media cuadra antes de llegar a él se detuvo y consultó el reloj de pulsera.

Las doce de la noche.

Durante unos segundos dudó sobre lo que tendría que hacer. Hasta las tres de la madrugada era mucho tiempo. Tres horas en plena Quinta Avenida, expuesto a ser reconocido, y más que esto, a la curiosidad de algún policía, no le convenía en modo alguno.

Recordó a Coralee.

Corry podía informarle sobre lo que quería saber. El teniente O'Connor

no tendría intervenido el teléfono de la bella y sin par «Color Caoba».

Tres puertas más abajo del «Palas Club», Templeton descubrió un bar con teléfono público y entró en él.

En la cabina buscó la guía y en ella el número del club nocturno. Cinco minutos más tarde empezó a discar.

All  repitió la misma operación que con Marga y esperó hasta que Corry se puso al otro lado del hilo.

— Qui n lla...?

—Soy yo, Coralee.

— Richard!  Est s bien? —Hizo una ligera pausa y preguntó antes de que Templeton pudiera interrumpirla—: Buscas a Carrigan,  verdad?

—S , linda. Te telefono para preguntarte si está en el club.

—No, querido. Ni él ni Tichey. Ambos se marcharon hace un par de horas.

— Qu ?...

—S . Y no s  dónde ha ido.

Templeton arrugó el entrecejo y luego preguntó:

—No me estar s mintiendo,  verdad?

— Richard, por favor...!

—Bueno, muchacha, no te sulfures. Dime,  d nde vive Tichey?

—Eso lo encontrarás en cualquier guía telefónica, querido, pero será útil que vayas a su casa. Ni Tichey ni Carrigan est n all .

—Entonces,  d nde?  Y cómo lo sabes t ?

—O  como se lo decían al teniente O'Connor.

Templeton se envar  ante aquel nombre.

— Estuvo ahí? —preguntó con voz ronca.

—S , Richard. Media hora antes de llegar yo. Les sorprendí hablando en el pasillo. Luego, yo misma comprob  que era verdad. Por tanto est s perdiendo el tiempo lastimosamente, Richard. Y recuerda una cosa, querido: que prometiste no salir del apartamento hasta que yo regresara esta madrugada. Y será mejor que me esperes en él. Es una locura que permanezcas por más tiempo en la calle.

—Est  bien; te esperar  all  —y luego agregó, más para sí mismo que para ella—: Puede que tengas razón, Corry.

—La tengo. Espérame, que no tardará en ir, querido.

Le tiró un beso por teléfono y colgó antes de que Templeton pudiera replicar con algo más.

Abandon  el bar y ya en la calle cambió de pensamiento y, por tanto, de dirección. Tanto es así que media hora más tarde se encontraba escondido en uno de los portales, frente a su apartamento.

Aún permaneció en el mismo lugar por espacio de más de diez minutos, al cabo de los cuales se decidió a cruzar la calle.

Subió la escalera, abrió la puerta, encendió la luz después de cerrar a su

espalda, y al punto contuvo el aliento ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Porque su apartamento se encontraba en el mismo estado en que ya lo estuvo una vez el de Marga y el de Cherry Morrison.

LLEVANDO ahora en la mano la pesada automática, Templeton se encaminó al «living», miró en torno y después entró en el dormitorio.

Vio las maletas de Marga.

Éstas estaban tan revueltas como el apartamento. Sonrió sin pensar que de nuevo tenía frente a sus ojos la solución de todo. Después, muy lentamente, Templeton abrió el armario ropero.

Cuando salió de nuevo a la calle, había cambiado completamente de atuendo. Incluso ahora llevaba trinchera azul oscuro y sombrero negro cuya ala casi le cubría el rostro.

Utilizando el «subway» se encaminó hacia el apartamento de Corry, y también miró a ambos lados de la misma antes de decidirse a cruzar la calle.

No había nadie.

Empezó a cruzarla justamente cuando el taxi se detenía frente al mismo. Casi al instante, otro coche se detuvo también.

¿Coralee?

Lo era.

Avanzó rápidamente. Vio cómo la portezuela se abría. Luego la magnífica pierna en su totalidad y detrás de ésta, ella, tanto o más hermosa que cuando la vio aquella tarde.

Templeton avanzó a su encuentro y llegó a su lado cuando el taxi empezaba a ponerse en marcha. La prendió de un brazo y ella volvió el rostro hacia él.

—¡Richard! —exclamó en tono contenido—. Me diste un susto de muerte cuando oí tu voz por teléfono. ¿Por qué te comportas como un chiquillo?

Acto seguido, allí mismo, en medio de la calle, Coralee le echó los brazos al cuello. Templeton correspondió a la caricia hasta dejarla sin aliento, pero su pensamiento iba hacia Marga.

Y así, por espacio de un largo tiempo, permanecieron estrechamente unidos, hasta que una voz a sus espaldas les sobresaltó.

—Por ahora ya está bien, Templeton, y no haga tonterías.

Templeton se separó de ella, pero no abandonó su cintura que tenía abarcada con las dos manos. Miró hacia atrás ladeando la cabeza.

Eran tres.

Tres «gangsters» que indudablemente habían salido del largo «Mercury» que había en la acera opuesta. Tres que llevaban las manos en los bolsillos empuñando al mismo tiempo tres automáticas de gran calibre.

Fue una rápida y fugaz mirada que les abarcó por completo. Entonces, sabiendo ya cuántos eran y dónde estaban colocados, actuó. La primera en

tener conciencia de ello fue Coralee, ya que la empujó sin miramiento alguno.

Ella chilló agudamente, dio un par de traspiés y se desplomó al suelo entre una magnífica exhibición de piernas y puntillas de encaje negro.

Pero Templeton no la vio.

Apenas empujarla, llevó la mano a la funda de la axila y se lanzó de cabeza contra al asfalto de la calle. Acto seguido disparó por dos veces y los dos alaridos de agonía se mezclaron con los estampidos del arma.

Cambió de sitio cuando ya el tercero retrocedía hacia el coche, empezando a disparar contra él.

Ovillada en el suelo, sin pensar en su falda ni en sus magníficas piernas al descubierto, Corry vio cómo Templeton disparaba de nuevo mientras que al lado de su cuerpo las balas del «gangster» levantaban chispas del asfalto y de la acera, para luego perderse en las alturas con un agudo chirrido.

Casi en el acto el «gangster» abrió los brazos en cruz y se desplomó pesadamente, mientras el silencio se hacía súbitamente en la calle.

Luego, cuando quiso darse cuenta de que todo había pasado, Templeton estaba a su lado, prendiéndola por los hombros, ayudándola a que se levantara.

En pie, muy juntos, se enfrentaron mirándose a los ojos. Y fue Templeton el que habló primero:

—Vámonos, Corry —dijo.

Ella, asustada aún, miró alrededor y se estremeció cuando sus ojos tropezaron con aquellos trágicos cuerpos humanos, caídos en no menos trágicas posturas.

—¿Adonde, Richard?

—A cualquier parte y antes de que llegue la Policía. Anda, ven conmigo.

Casi la arrastró al coche que emplearon los «gansters» mientras se explicaba:

—Vinieron detrás de ti en el coche que ahora vamos a utilizar nosotros. Templeton entró primero y se acomodó al lado contrario del volante.

—Conduce tú —dijo—, y calla. Deseo pensar.

Corry lo hizo así, pero replicó, a pesar de la recomendación:

—Venían detrás mío, Richard. A matarme. ¿Por qué?

El la miró de través.

—Venían a por los dos, muchacha. Al parecer alguien sabe que ambos vivimos en el mismo apartamento. Han tardado poco en averiguarlo y eso es lo que me extraña. Anda, llévame a cualquier parte fuera de la ciudad, cariño.

Cerró los ojos mientras ella apartaba el «Mercury» de la acera, cuando ya en la distancia empezaba a oírse el aullido de las sirenas de la Policía.

Templeton cerró los ojos. ¿Quién o quiénes sabían que él estaba oculto en el apartamento de Corry? ¿Marga? Ella lo sabía, pero aquello no tenía nada de particular. ¿Tichey y Carrigan? Aquello era posible, pero ¿cómo y por qué?

Repentinamente sus pensamientos cambiaron de rumbo y durante algunos minutos su mente amenazó con volverle loco. Después, de una manera súbita, Templeton lo comprendió todo.

Fue entonces cuando con los ojos completamente cerrados, se tensó sobre el asiento, contuvo la respiración hasta que le faltó. Los abrió para mirarla cuando el coche alcanzaba una de las carreteras de Nueva York.

Templeton nunca supo cuál, ya que en aquel momento dijo:

—Nos volvemos, monina. Anda, vamos. Voy a llevarte a tu apartamento.

—Pero, Richard...

—Haz lo que te digo, preciosa, que merece la pena volver.

Sin replicar ahora, Corry hizo girar el volante y maniobrando hábilmente volvió el coche cara a Nueva York.

—¿Dónde te dejo, querido?

—En ninguna parte, monada, ya que vamos a tu apartamento. Es decir, si se corrigió él mismo: Llévame primero a la oficina central de telecomunicación.

Ella le miró en silencio, unos segundos, y acto seguido, sin pronunciar palabra, le condujo hasta allí. Quedó en el «Mercury» mientras Templeton entraba y permaneció fumando por espacio de media hora, hasta que él regresó al coche.

—A tu apartamento, querida —dijo apenas si se instaló a su lado.

—De acuerdo, Richard, voy a llevarte, y espero que allí me expliques todo esto que es chino para mí.

El no replicó. Por tanto, hicieron el viaje en el más completo silencio; hasta que Templeton lo rompió un cuarto de hora más tarde:

—Será mejor que des una discreta pasada antes de detener el coche. No me gustaría que me sorprendiera el teniente O'Connor —hizo una pausa y añadió—: No, no me gustaría precisamente en este momento.

—¿Por qué?

La pregunta de Corry dio el efecto de que quedaba flotando en el interior del coche, ya que Templeton dio la callada por respuesta.

Pensaba en todo lo ocurrido. Y mientras lo hacía, se decía a sí mismo que aquello era monstruoso, que no podía ser en modo alguno, pero, sin embargo, no encontraba otra explicación posible.

Lentamente, analizándolo todo, sus pensamientos fueron de nuevo a Tichey y a Carrigan, y al telegrama que llevaba en el bolsillo. Ahora sabía con certeza por qué había muerto St. Hume.

Recordó a Della, y unos segundos más tarde al teniente O'Connor.

Entonces su sonrisa se hizo dura.

—Hemos llegado, querido.

Se sorprendió.

Ella vio su sorpresa por el espejo retrovisor y añadió:

—No había nadie en la calle, por tanto, la Policía ya se ha ido, llevándose los cadáveres de esos...

—Vamos, Corry, querida.

Ella maniobró nuevamente y el largo y potente «Mercury» dio media vuelta. Luego corrió sobre el asfalto hasta que lo detuvo frente a la puerta del edificio donde tenía su apartamento.

Descendió de él llevando a Templeton detrás. Abrió la puerta que daba acceso a la escalera, la cerró a espaldas de los dos y luego ambos se introdujeron en el ascensor.

Y en el interior del apartamento, después de que Templeton lo hubo registrado todo, ambos se enfrentaron mirándose a los ojos. Y Corry fue la encargada de romper el silencio que ya se estaba haciendo largo.

—Y bien, Richard —preguntó—. ¿Qué has descubierto?

—Todo, Corry. Es decir, todo no. Me falta saber qué papel juegas tú en esto. El interés que te mueve hacia ese microfilm. Vamos, gatita, ¿qué es ello?

Coralee sonrió. A continuación replicó, y lo hizo con una pregunta:

—¿Qué darías por saberlo, querido?

Templeton se encogió de hombros y replicó:

—¿Y yo qué sé, preciosa?

Sin alterarse, hablando fríamente, Corry susurró:

—Él mismo microfilm, ¿no?

—¿Para qué lo quieres, monina?

—Para devolverlo, Richard. Simplemente para devolverlo.

Estaban otra vez en el mismo lugar que antes. Y mirándose a los ojos, como si no se conocieran, como si no se hubieran visto nunca.

Repentinamente, Templeton rompió el silencio, y por no perder la costumbre lo hizo con una nueva pregunta:

—¿Y tirar un montón de dólares por la borda, preciosa? Pero vamos a ver, ¿qué interés tienes en esto? ¿En devolverlo?

Ella vaciló unos segundos y luego pidió:

—Dame un cigarrillo, ¿quieres?

Templeton se levantó y se acercó. Le dio el cigarrillo y a continuación le ofreció fuego. Corry fumó en silencio unos cuantos segundos, le miró a los ojos, sonrió y dijo:

—Tal vez lo comprendas mejor si té digo que mi nombre completo es Coralee Stivens Morrison. Cherry y yo éramos primas. La mataron y decidí intervenir. Por eso quiero devolver ese microfilm, Richard. ¿Me comprendes? —Hizo una breve pausa y añadió a continuación—: Espero

que ahora no creerás que yo la maté, ¿verdad?

Prima de Cherry Morrison. Aquello podía explicar el interés de ella. Sin dejar de mirarla, Templeton se dijo que Corry no estaba mintiendo ahora...

Una cantante, una bailarina en uno de los clubs más caros y elegantes tal vez de todo Nueva York. Para lo que quería, para lo que buscaba, estaba situada en una posición ventajosa por su conocimiento de las gentes.

Súbitamente, Templeton la vio anhelante, con sus pujantes senos alentando bajo la liviana tela del vestido, con los ojos entrecerrados, palpitante, llena de una extraña excitación.

—No fui yo, Richard —repitió.

—Lo sé, muchacha. Hace una hora que lo he sabido.

Corry se puso en pie y se le acercó, rozándole.

—¿Qué...?

—Sé quién es el asesino, preciosa.

—¡Richard!

—Calla y escucha, querida, que vas a hacerme un favor, ¿quieres?

—¿Qué clase de favor?

—Uno muy importante para mí. Vas a ayudarme, ¿no?

—Sí, Richard. Lo que tú quieras.

—Vas a ir a buscar de microfilm donde yo te diga. Luego te encontrarás conmigo en un lugar previsto y ambos iremos a devolverlo.

Ella agrandó los ojos, víctima de un súbito estupor. Después, incapaz de creer lo que estaba oyendo, preguntó con un hilo de voz:

—¿De veras, Richard?

—¡Claro! ¿Por qué no?

—¡Oh, Richard!

En menos de un segundo, Templeton la tuvo en sus brazos. En el acto notó los labios de ella sobre los suyos, con tal intensidad, que tuvo que poner las manos sobre sus hombros para separarla, para poder respirar.

Mientras Corry intentaba recuperar la suya, preguntó lentamente:

—¿Dónde lo has escondido? ¿Cuándo voy a ir por él?

—Ahora te lo diré, Corry. Pero antes quiero que contestes a un par de preguntas. Tal vez a una sola.

Instantáneamente vio cómo se ponía en guardia.

—No te fías de mí, ¿verdad?

—Comprende..., yo... Es que es tan difícil creer en eso precisamente de ti, Richard. De un... ¡Oh perdóname, querido!

Templeton sonrió.

—Quiero que me digas dónde viven Tichey y Carrigan, preciosa.

—No están en Nueva York. Ya te dije que oí cómo lo comentaban con el teniente O'Connor.

—Eso no importa —atajó él—. Necesito saberlo.

Ella ya no insistió más y se lo dijo. Al terminar preguntó:

—¿Dónde tengo que...?

—Está en...

Continuó explicándolo, y al acabar, ella le besó de nuevo.

—Gracias, Richard, te lo agradezco, aunque esté segura de que lo nuestro termina aquí, y ahora.

—¿Por qué, Corry?

Ella le miró por entre las entornadas pestañas.

—Está Marga. Siempre está Marga, querido. Llevo razón, ¿verdad?

—Deja a Marga por mi cuenta, Corry.

—Siempre será cuenta tuya. Ojalá pudiera decir yo lo mismo.

—¿Tanto me quieres?

Corry soltó un respingo.

—¡Presuntuoso! Vamos, fuera de aquí. Vete.

Le fue empujando hacia la puerta, pero cuando llegó a ella, Corry se prendió de su brazo y dijo mirándole fijamente a los ojos:

—Cuídate mucho esta noche, querido. Aunque sea por Marga.

—¡Vete al diablo, preciosa! —Fue la respuesta que recibió.

Sin esperar respuesta, Templeton abandonó el apartamento y utilizando la escalera alcanzó la calle.

No había nadie a la vista cuando pisó la acera.

Excepto el tráfico, bastante escaso a aquella hora, nada se veía en uno y en otro sentido de la calle, por lo que Templeton sonrió satisfecho.

Detuvo un taxi que milagrosamente pasaba vacío y se hizo conducir hacia Madison. Una vez allí, Templeton buscó un bar y entró en él. Cinco segundos más tarde estaba en el interior de la cabina telefónica, y un minuto después se encontraba hablando por teléfono.

—... entonces esta noche, ¿no?

—¿Estás seguro?

—¡Claro!

Hubo una pausa al otro extremo y después la misma voz:

—Ten cuidado. Oye, ¿necesitas al...?

—No. Nada de eso.

Colgó antes de que pudieran contestar. Luego fue a la barra, rápidamente tomó un *whisky* y acto seguido salió a la calle.

Pensaba en Tichey y en Carrigan. Barajando una vez más, dentro de su cerebro, todo aquel tinglado.

Tichey. ¿Cómo no lo había pensado antes? Pero ¿estaba seguro de que todo iba a ocurrir aquella noche tal y como había planeado?

Avanzó despacio durante un buen espacio de tiempo, hasta que tropezó con otro bar. Templeton entró en él, pidió *whisky* y de nuevo fue a la cabina telefónica. Cuando salió de ella llevaba en los labios una tenue y satisfecha sonrisa en contraste con sus ojos, que se mostraban duros y fríos.

Lentamente saboreó el *whisky*, pagó, consultó el reloj y salió a la calle. En ella tomó un nuevo taxi y dio la dirección.

Veinte minutos más tarde se encontraba en la West Street, media cuadra antes de llegar al edificio donde Tichey tenía para él sólo toda una serie de apartamentos.

Esperó a que el taxi se perdiera en la distancia y llevando la automática en el bolsillo de la trinchera, avanzó resueltamente.

Y ahora no miró a ambos lados de la calle, como había hecho multitud de veces a partir del momento en que supo que le buscaba la Policía.

Para él, igual que siempre, la cerradura careció completamente de importancia, ya que al cabo de medio minuto la abrió.

No utilizó el ascensor.

Calladamente, sin, producir el menor rumor, Templeton subió por la escalera y después se deslizó materialmente por el pasillo del noveno piso hacia la puerta donde Tichey tenía su apartamento. Se detuvo frente a la misma y pegó el oído a la madera. El apartamento tenía que estar vacío, o en su defecto, Tichey dormía a aquella hora.

Cierto que Coralee le había dicho que ni el ni Carrigan se encontraban en Nueva York, pero tenía sobrados motivos para no dar crédito a sus palabras, por lo menos en aquel aspecto.

Tichey era el único testigo, o por lo menos lo creía así, que podía corroborar sus sospechas. Tichey sabía quién era el asesino. Tenía que saberlo.

Cerró a su espalda llevando ahora la automática en la mano y palpando la pared avanzó hacia el lugar que ocupaba el «*living*». Empujó la puerta y se detuvo en el umbral, escuchando.

No se oía nada. El silencio era absoluto en el interior del apartamento. Entonces se arriesgó a encender la luz.

Tanteó el marco hasta encontrar el interruptor y lo hizo girar. La araña del techo se encendió y durante unos segundos, Templeton parpadeó deslumbrado.

Contuvo el aliento ante el lujo exquisito que se ofrecía delante de sus ojos y casi al instante, con el dedo tenso sobre el gatillo, cruzó el «*living*» hacia lo que conceptuó el dormitorio de Tichey.

Encendió la luz y supo que no se había equivocado. Era el dormitorio de Tichey.

El también estaba allí, y al verle, Templeton se dijo que por el momento, Coralee se había quedado sin empleo, porque estaba muerto.

Atravesado en la cama, con la cabeza colgando del lado en que él se encontraba, bañado en un mar de sangre, mostrando los ojos espantosamente abiertos y un horrible corte en el cuello.

Apartó ahora los ojos del cadáver degollado y los clavó con insistencia en el teléfono. Avanzó hacia él dispuesto a llamar a la Policía. Ponía la

mano sobre el mismo, cuando a su espalda sonó una voz cargada de ironía:

—¡No lo hagas, querido!

Templeton no perdió un segundo. Saltó de costado y contra el suelo mientras la pesada bala de una automática de gran calibre se estrellaba contra la pared después de haber pasado limpiamente por el centro del hueco que él dejó al desplazarse.

Casi al instante tres más le buscaron sañudamente en tanto que Templeton disparaba a su vez.

Frente a él, junto a la puerta, Carrigan soltó la automática y se sujetó el vientre con ambas manos. Se desplomó de costado mientras que Templeton rodaba de nuevo, ahora hacia la izquierda, con lo que el cuarto disparo se enterró a escasas pulgadas de su cuerpo.

—Suelta esa pistola, muchacha. ¡Suéltala!

Pero ella disparó de nuevo.

Casi en el acto vio cómo el rostro de Templeton se curvaba en una mueca y nuevamente presionó el gatillo, pero esta vez falló.

Maldijo nuevamente y lo apretó de nuevo después de desviar el cañón unos milímetros a su izquierda. Pero la bala no llegó a su destino, porque la de Templeton la alcanzó primero.

Marga se contrajo, soltó la automática y los rojos y hermosos labios se mancharon de sangre. Acto seguido cayó de rodillas mientras Templeton se ponía en pie tambaleándose.

Luego, con un gesto de estupor en su bello semblante, ella le miró cómo avanzaba, y a pesar de estar muriendo, aún tuvo valor para sonreír. Después dijo en un susurro:

—Nunca creí que ganaras, querido..., pero tú... Tú eres un tipo listo.

Fallaron sus rodillas y cayó al suelo, boca abajo. Durante unos segundos, como fascinado, a menos de media yarda de ella, Templeton contempló cómo aquel hermoso cuerpo se estremecía hasta quedar quieto por completo.

Entonces se acercó, se inclinó sobre ella y le cerró los ojos. Mientras lo hacía murmuró:

—Lo siento, muchacha. Lo sentiré toda mi vida, pero era la tuya o la mía. Tú sabes que no tuve más remedio que hacerlo, preciosa.

Se puso en pie y de nuevo miró en tomo suyo. Junto a la puerta de una de las habitaciones vio el cadáver de Carrigan. No sentía su muerte, pero le escocía el fracaso. Antes de acercarse a Tichey debió mirar aquellas puertas. Su confianza en sí mismo le había hecho fracasar.

¿O tal vez no?

Templeton se hizo la pregunta cuando ya estaba avanzando hacia el teléfono. Levantó el auricular y disco.

—¿Policía...?

—Sí, diga...

—Richard Templeton al habla. ¿Está el teniente O'Connor?

Claramente notó cómo al otro lado de la centralita alguien soltaba un respingo y después vino la respuesta:

—El teniente no está. Y no cuelgue, por favor.

Templeton sonrió duramente y no colgó. Se limitó a replicar:

—Es lo mismo. Les telefoneo desde el apartamento de Tichey. El dueño del «Palas» ha muerto. Alguien le degolló mientras dormía. Por lo menos eso es lo que creo yo —hizo una pausa y añadió rápidamente—: Un hombre y una mujer murieron también. A éstos les maté yo... terminó, con la voz oscura.

—Oiga, ¿es cierto eso...?

—Sí.

—Escuche, Templeton, será mejor que se esté quieto ahí. Tenemos órdenes de disparar contra usted si se resiste, ¿comprende?

Templeton sonrió antes de replicar:

—Por lo visto, agente, ustedes olvidan que yo tengo algo que busca el FBI y hasta la Metropolitana. Un microfilm. Si me matan, ¿quiere decirme cómo lo encontrarán? No, amigo, yo les intereso vivo.

Hasta él llegó una maldición y Templeton sonrió burlonamente. Después, viendo que daban la llamada por respuesta, añadió:

—Revoquen esa orden o cometerán una equivocación —y se preguntó si el FBI estaría enterado de ella—. Los asesinos de St. Hume y Cherry Morrison han purgado ya sus crímenes. Les maté yo después de que asesinaron a Tichey, y puedo probarlo.

Templeton no esperó a que terminara la frase y colgó.

Sin volverse hacia los cadáveres, extrajo la pitillera y de ella un cigarrillo que encendió. Después dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta del «*living*». De pasada miró el hermoso cuerpo de Marga, ahora roto y desmadejado y musitó una vez más, dando idea de cuál era el estado de ánimo en aquel momento:

—Lo siento, muchacha. Lo sentiré toda mi vida, pero no había otro remedio.

Y decía exactamente lo que sentía en aquel entonces.

—¡TEMPLETON!

El soltó una tenue risita y después replicó:

—Pase, teniente, está usted en su casa.

O'Connor acababa de entrar en su apartamento. Encendió las luces del pasillo y resueltamente se encaminó a su habitación. Después cambió de idea pensando que no le vendría mal tomar un trago antes de irse a la cama.

Entonces se encaminó al «*living*». Empujó la puerta.

La luz se encendió y soltó aquella exclamación, porque sentado en uno de los sillones, retrepado contra el respaldo, con los ojos entornados y una burlona sonrisa en la boca, se encontraba Richard Templeton.

El hombre que por orden expresa de él estaba buscando toda la Policía de Nueva York. El hombre que vino de Washington y acto seguido fue a para a Sing-Sing por atraco a mano armada.

O'Connor obedeció la indicación de Templeton, dio dos pasos hacia el interior del «*living*» y entonces llevó la mano a la funda donde reposaba una Policial Positive de reglamento.

No llegó a sacarla. Templeton fue infinitamente más rápido, ya que él la llevaba en la funda de la axila, y, por tanto, no tenía que desabrochar la tapa de la cartuchera.

—Vamos, teniente —dijo siempre sonriendo—. Esta noche ya he matado bastante, y lamentaría tener que matarle a usted también.

O'Connor apartó la mano del arma y miró la negra y potente automática de Templeton, que le estaba apuntando al centro del pecho.

—Pagaré esto —dijo serenándose por momentos—. Lo pagaré tan pronto como me suelte. Voy a acusarle, además de asesinato, de allanamiento de morada. ¿Cómo ha entrado aquí? ¿Qué es lo que busca?

Templeton sonrió de nuevo, y ahora, como por obra de milagro, su rostro de halcón se iluminó lleno de simpatía.

—Vamos, teniente, no sea quisquilloso y siéntese. Después contestaré a sus dos preguntas.

Sin dejar de mirarle, O'Connor lo hizo en el diván, y entonces Templeton enfundó rápidamente. Después, añadió:

—A la primera, debo manifestarle que he empleado en su apartamento los mismos procedimientos que en muchos otros —le mostró el manojo de ganzúas y añadió—: A la segunda, he venido para hablar con usted, teniente. Supongo que ya que dio la orden de apresarme, le agradecerá saber por mi boca que todo ha acabado ya.

—Entonces viene a entregarse, ¿no?

Templeton denegó con la cabeza y después lo hizo de viva voz:

—No, teniente —dijo—. Nada de eso. He venido a explicarle cómo ocurrieron las cosas, según mi propio criterio. A decirle también, si es que no lo sabe, que los asesinos de St. Hume y Cherry han pagado ya sus crímenes. Los maté yo, no hace muchas horas, y en defensa propia.

—¿Espera que le crea?

—¿Y por qué no?

—Explíquese, ¿quiere?

—Eso es lo que voy a hacer —hizo una ligera pausa y añadió—: La cosa empezó hace unos días, y al decir unos días, me refiero, naturalmente, al asunto de ese microfilm. Bien; empezaré por la muerte de St. Hume, él joyero. Durante varios días yo rondé su joyería. Mi propósito era estudiar el terreno, atracarla, llevarme las joyas, para después tratar de negocios con Tichey, al que esperaba mandar a la cárcel tan pronto como hubiera entrado en posesión de las mismas. Para eso bastaba una denuncia al FBI. La noche que decidí dar el golpe, una mujer salió de ella. Me gustó casi tanto como me extrañó aquel hecho tan inusitado. Por tanto, la seguí hasta su apartamento. Antes de llegar a él tuvimos un tropiezo y eso me hizo sospechar que la rubia llevaba en el bolso las joyas que yo había ido a buscar. La defendí por lo mismo, pero me equivoqué. Ella llevaba el microfilm que ahora está en mi poder.

»Se lo había entregado St. Hume. Poco después éste moría. Seguramente media hora más tarde de haber hecho esta entrega. El asesino llegó después que la muchacha y le mató, y supongo que antes le obligó a que le dijera quién tenía el microfilm. A continuación el asesino fue al apartamento de Cherry Morrison, del CIA, y la mató también. Y lo hizo por culpa mía, ya que yo le oí llegar y fui engañado como un novato.

»Registró el apartamento y no encontró nada, ya que por aquél entonces el microfilm se encontraba en mi poder. Entonces fue al apartamento de Marga y lo registró también, aunque aquello fue nada más que para darme a mí una falsa impresión. ¿Comprende, teniente O'Connor?

Templeton dejó de hablar, extrajo la pitillera, de ella un cigarrillo y lo encendió. Entonces le llegó la pregunta del teniente:

—¿Por qué, Templeton?

—Porque Marga, aunque yo no lo sabía, estaba complicada también.

—Explíqueme eso, por favor.

La sonrisa de Templeton se hizo dura en extremo.

—Se lo diré también, O'Connor —dijo fríamente—. Todo el mundo sabía que Marga López era mi amante. Por tanto, ella misma revolvió o mandó revolver su apartamento, sabiendo que el asesino pensaba lógicamente que al no tener el microfilm en mi apartamento, estaría en el de ella o en su defecto en mi persona. Marga lo hizo por este motivo, para alejar mis sospechas de su persona.

—¿Cómo llegó a saber que estaba complicada, Templeton?

—Por culpa de ella misma. Estando con Corry Stivens nos atacaron y tuve que matar en defensa de nuestras vidas. ¿Quién sabía que yo estaba en el apartamento de la estrella del «Palas»? Nadie. Carrigan y Tichey no estaban enterados, como tampoco lo estaba la Policía. Tan sólo Marga, a la que yo se lo había dicho no hacía mucho.

O'Connor quedó pensativo unos segundos y acto seguido preguntó:

—¿Quién era el otro cómplice?

—Carrigan y Tichey. Los mismos que atracaron el Central Bank.

—Con usted, Templeton. ¿O no es así?

—Conmigo, sí.

Templeton sonrió de nuevo y lo mismo que la anterior, aquella sonrisa también pecó de dura. Acto seguido añadió:

—Carrigan, Tichey y Marga López han muerto, teniente. Pero yo no maté a Tichey.

—¿Quién lo hizo entonces?

—Uno de sus cómplices. ¿Y sabe por qué?

O'Connor denegó con la cabeza.

—Pues es bien sencillo, teniente —replicó Templeton—. Porque a última hora, y después de aparecer yo en escena, Tichey empezó a tener miedo y de ello vinieron las discrepancias entre los socios. Yo fui a buscarle y le encontré muerto. Al ir a telefonear a la Policía, Marga y Carrigan salieron juntos de una de las habitaciones y empezaron a disparar contra mí. Eso sólo se explica de una forma: de que Marga siempre pensó que ese microfilm estaba en uno de mis bolsillos. Por eso fue a mi apartamento para registrarlo, diciendo que pensaba quedarse en él para siempre.

—¿Y no es así?

—No, O'Connor. No es así. A estas horas el microfilm estará en las manos de Coralee Stivens. Era prima hermana de Cherry Morrison. Por eso le dijo dónde estaba. Para darle la satisfacción de devolverlo por sí misma. Lo comprende usted, ¿verdad?

—Siendo lo que era para usted, ¿por qué Marga se unió a Tichey y Carrigan?

—Es sencillo de explicar. Un año de ausencia fue suficiente para ello. Después, mi vuelta repentina. Como comprenderá, las aguas no podían volver a su cauce. Yo era para ellos una pesadilla del pasado. Una complicación tanto para Tichey como para Carrigan, sin contar, claro está, a Marga, la cual no me había sido fiel en este tiempo de ausencia. Y la cosa se complicó aún más con la aparición de este condenado microfilm.

—¿Y qué es lo que contiene?

—¿No lo sabe usted, teniente?

—¿Cómo cuernos quiere que lo sepa, Templeton?

Se encogió de hombros y replicó:

—Creí que lo sabría, O'Connor. Ya que no es así, se lo diré. Es un nuevo modelo de cohete para poner en órbita un satélite tripulado por dos personas. Puede que esto no se lleve a efecto en mucho tiempo, pero el diseño del cohete, la maquinaria y el carburante que ha de usar va en ese microfilm. Cierta potencia extranjera lo quiere, y por lo visto, tanto el CIA como el FBI se han empeñado en que no sea así, ¿comprende?

—Aún no, Templeton. Antes debo saber una cosa. St. Hume, por lo tanto, también era un espía, ¿no?

—No, necesariamente, O'Connor.

—¿Por qué?

—Escuche, teniente: St. Hume era uno de los joyeros más afamados de Nueva York, con un historial limpio y sin una sola tacha. El conocía, debido al comercio a que se dedicaba, a altos funcionarios de Washington. Fue allí donde le comisionaron para traer este microfilm sabiendo que todos los agentes de la plantilla de Nueva York, y me refiero a los del FBI, eran sobradamente conocidos. Siempre era mejor, por tanto, un desconocido que no un agente. Pensándolo así se lo entregaron a St. Hume. Pero antes de que llegara aquí, desde Washington telefonearon para que un agente del CIA fuera a recogerlo, y así empezó todo.

—Sí, pudo ser como usted dice, pero aún sigo sin entender cómo Carrigan, Tichey e incluso la propia Marga se enteraron de la existencia del microfilm.

Templeton se recostó contra el respaldo del sillón y le miró burlonamente.

—Hace mucho rato que estoy esperando que me haga esa pregunta, teniente —dijo.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Para poner punto final a todo esto, O'Connor. Por tanto, voy a decírselo a usted. Fue una persona que forzosamente tenía que saberlo, debido al cargo que ocupaba. Fue el verdadero asesino de St. Hume. Fue la persona que se presentó en el apartamento de Cherry afirmando que era la Policía y por el cual yo salté por el balcón a la escalera de incendios. ¿Está claro?

La sonrisa que ahora había en la boca de O'Connor era burlona.

—Estoy esperando que me diga quién fue, Templeton.

—Usted, teniente. Usted fue quien lo hizo. Usted también fue uno de los complicados en el atraco al Central Bank. Como ve, dos asuntos diferentes pero unidos entre sí a pesar del tiempo, ya que era la misma banda la que operó en ambas ocasiones. Es y era la persona que actuaba en la sombra. La única que por su cargo sabía todo lo que le podía interesar a Carrigan y Tichey para llevarla mejor efecto todos sus manejos. Y, en fin, la única que podía lanzar a la Metropolitana por pistas falsas. Y, por

último. O'Connor, le diré que fue usted la persona que llegó a casa de St. Hume y le mató después de obligarle a que le dijera quién se había llevado el microfilm. Fue usted también quién se presentó en casa de Cherry pidiendo que le abriera en nombre de la Policía.

—¿Sí...? ¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

—Por dos razones, O'Connor. Primero por su interés en mí, haciendo que toda la Policía me buscara por un asesinato que no había cometido. Si en vez de buscarme sus hombres lo hubiera hecho los del FBI, que son los que en realidad llevan el asunto, la cosa no me hubiera extrañado en absoluto, ya que yo mismo lo había provocado. Por otra parte, Corry le vio hablando con Carrigan y Tichey, esta misma noche, o para especificar más —añadió, mirando el reloj—, ayer tarde entre dos luces.

O'Connor no perdió su sonrisa.

—De acuerdo, Templeton —dijo fríamente—. Está usted en lo cierto. Ahora, deme ese microfilm y podemos irnos juntos. La potencia que nos lo compra nos facilitará los medios para largarnos. A pesar de ello, no olvide que pertenezco a la Metropolitana. Por tanto, nadie nos...

Se interrumpió al ver cómo Templeton denegaba con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque quiero que vaya a parar a la silla, O'Connor. Ésa es la suerte de los espías y asesinos. Usted ya conoce la Ley, ¿no?

O'Connor soltó una risita.

—¿Y cómo espera conseguirlo? Es su palabra contra la mía. La palabra de un atracador, de un expresidente, contra la de un oficial de la Policía. Está usted loco si cree que le escucharán, Templeton.

Se puso en pie. Templeton permaneció en el sillón, mirándole fijamente. Después musitó:

—Pero hay algo que aún no entiendo, teniente. Yo fui al apartamento de Cherry y alguien me golpeó en la cabeza. ¿Quién fue? ¿Usted? Si es así, no encaja.

O'Connor soltó una tenue risita.

—Fui yo, Templeton. Y ahora, supongo que al decir que no encaja, se refiere a la muerte de la rubia, ¿no? Pues es bien sencillo. Cuando yo me presenté en su apartamento por primera vez, venía detrás de ella en busca de es microfilm tal y como usted pensó. Pero no la maté entonces. La hice hablar y aunque no me dijo de qué se trataba, ella se confió a mí y entonces le denunció. Por eso vine a su casa y la registré estando usted presente. No encontré nada, por lo que al día siguiente fui a hacerle una nueva visita a Cherry. Para entonces ya llevaba órdenes concretas de Tichey. Acababa de matarla cuando apareció usted. Le golpee, perdí la cabeza y huí. Pero luego, al pensarlo mejor, regresé acompañado de un par de mis hombres, pero usted ya había volado del apartamento, Templeton.

—¿Qué hubiera ocurrido si me detiene, teniente? Ese microfilm nunca

hubiera...

—Nos estaban esperando en el camino, Templeton. Mucho antes de llegar al precinto, los hombres de Tichey y Carrigan hubieran asaltado el coche, donde nosotros íbamos.

—Sacrificando así a dos de sus hombres, ¿no?

La sonrisa de O'Connor era cínica cuando replicó:

—¿Y por qué no?

Templeton sintió asco cuando dio la respuesta.

—Usted, un oficial de la Policía... Creo, creo que no voy a tener más remedio que matarle.

El teniente soltó una maldición. Luego dio un salto atrás y llevó la mano a la funda. Templeton continuó sin moverse, aunque sí agrandando los ojos, porque en aquel justo momento el «*living*» empezó a llenarse de policías de paisano, llevando en cabeza a una mujer.

—¡Quieto, teniente, no toque esa pistola!

No hizo caso, pero tampoco llegó a desenfundarla, ya que se lanzaron contra él.

Sin moverse de donde estaba, Templeton contempló la corta lucha mientras Corry se le acercaba sin pronunciar palabra. Después todo acabó en contados segundos. Fue entonces cuando uno de ellos, mientras O'Connor permanecía convenientemente escoltado, mirándole venenosamente, dijo encarando a Templeton:

—Le felicito, inspector.

O'Connor soltó una exclamación y luego clavó los ojos en la figura atlética de uno de los agentes del FBI.

—El..., él... ¿Pero no estuvo en Sing-Sing?

Templeton fue el encargado de dar la respuesta.

—Sí, O'Connor. Y por lo del atraco del Central Bank según se dijo. Pero ¿ha pensado alguna vez en el motivo por el cual intervino tan a tiempo la Policía? —hizo una pausa y añadió—: Desde hacía tiempo, el FBI iba detrás de Tichey y Carrigan, pero no había pruebas contra ellos. Por eso vine yo de Washington, ya que mis compañeros de aquí eran sobradamente conocidos.

»Por eso nadie sabía quién era yo en realidad. Ni los altos jefes del FBI en Nueva York. Había que cazar a Tichey fuera como fuera y yo empecé a codearme con la gente del hampa. Corrí los bajos fondos de un lado para otro e incluso participé en algunos robos sin importancia hasta que logré entrar en la cuadrilla de Carrigan.

»Vino lo del robo y me detuvieron, pero yo ya tenía órdenes de no decir nada sobre mi personalidad. Cierto que de hablar éste hubiera ido a presidio, pero no era eso lo que queríamos. Nuestra presa era Tichey, y se rumoreaba entre el hampa que ambos iban a formar sociedad. Por eso fui a Sing-Sing y pasé allí un año aprendiendo cosas que ni en los bajos fondos

pude aprender. Entre otras, que Tichey parecía dedicarse a algo más que a la trata de blancas, y que entre éste y la Policía Metropolitana había algún contacto.

»Más tarde, estando en la cárcel, ocurrió lo que esperaba. Tichey se puso en contacto conmigo hablándome de Carrigan y de lo que esperaba de mí. Nada menos que atracara la joyería de St. Hume. Tichey sabía que éste se quedaba solo hasta altas horas de la noche y que un hombre sólo podía hacerlo. Estudié el terreno.

»Con aquellas joyas tendría en mi poder la prueba para mandarle a la cárcel. Intervino Cherry Morrison y al pronto creí que se había estropeado todo por el momento, ya que el espionaje tiene preferencia, pero no fue así. Era la misma banda. La de Tichey, mandada ahora también por Carrigan, su socio —hizo una ligera pausa y añadió—: Telegrafíé a Washington preguntado si la Metropolitana estaba enterada del traslado de ese microfilm y me contestaron que sí. Eso fue lo que me hizo comprender que mis sospechas hacia usted eran ciertas. O'Connor —miró a los agentes que le contemplaban llenos de asombro y añadió secamente—: ¡Lléváoslo!».

Fue entonces cuando Templeton reparó por primera vez en la presencia de Al Conning y Mike Terrence, y sonrió recordando cierto paseo bajo los rayos de la luna. Y fue precisamente Terrence el que preguntó mientras los demás se llevaban a O'Connor:

—¿Y el microfilm, inspector?

Templeton miró a Coralee y ella dio la respuesta mucho antes de que éste pudiera preguntar nada:

—No fui a buscarlo, Richard... —dijo—. No fui por él. Temía por tu vida. Por tanto avisé al FBI y aquí estamos.

—Hiciste todo lo contrario de lo que yo deseaba, ya que anteriormente les avisé diciendo que iba a hacerlo solo —miró a Conning y a Terrence, que habían quedado allí, y entonces contestó a la pregunta del segundo—: Está bajo el puente de Brooklyn, escondido en la grieta de uno de los pilares.

Y dio el emplazamiento exacto. Fue entonces cuando Conning le encaró diciendo:

—Le ruego que nos perdone, inspector, pero nosotros...

Templeton le atajó con un gesto y luego sonrió abiertamente.

—Nadie les culpa de nada. A mí nadie me conoce en Nueva York, como no sea como un hombre de pésimos antecedentes —le miró atentamente—: Tampoco quiero que se sepa, muchachos. Ni que se me salude cuando se me encuentre en cualquier oscuro rincón del Harlem o en cualquier otro lugar por el estilo. Conviene guardar la incógnita el mayor tiempo posible.

—Descuide, inspector, que así se hará.

Salieron. Entonces Templeton se puso en pie y se enfrentó a Coralee.

—Voy a darte un beso, ya que quiero que lo nuestro continúe de por vida —dijo pausadamente—. Luego nos casaremos y después te llevaré a mi apartamento.

Ella agrandó mucho los ojos y dio un paso adelante.

—Richard... —susurró.

Después, el tiempo, el lugar donde se encontraban, y, en fin, todo desapareció en la mente de los dos hasta mucho más tarde.

Entonces, al separarse de sus brazos, Corry preguntó:

—Uno de ellos era Marga, ¿verdad?

—Sí. Y la descubrí por culpa de ella misma.

Acto seguido se lo contó todo.

Al acabar, Corry se colgó de su brazo.

—¡Cómo nos has engañado, Richard! —musitó quedamente llevando un mundo en los ojos.

Templeton no replicó. Tiró de ella y acto seguido, muy lentamente, ambos echaron a andar hacia la puerta.

F I N

¡LEA CADA SEMANA LOS TITULOS DE LAS  
MEJORES COLECCIONES DE WESTERN Y  
POLICIACAS!

¡VIVIRA HORAS DE INTENSA EMOCION!

RECUERDE LAS SIGUIENTES COLECCIONES  
QUE LE OFRECEMOS SEMANALMENTE:



*La ley del revólver*  
*Pistoleros del Oeste*  
**Gran Oeste**  
**Salvaje Oeste**  
*Héroes del Oeste*  
**Dallas salvaje**  
**Rutas del desierto**  
**Oeste Montana**

**Vol. I.**

Tomos de 128 páginas. Precio: 15 pesetas